

MONTE-  
ORTE T  
PARTIDOS  
POLI-  
TICOS

JL  
969  
.A45M5





**PARTIDOS POLÍTICOS  
DE IBEROAMÉRICA**





MARIO MONTEFORTE TOLEDO

---

# PARTIDOS POLÍTICOS DE IBEROAMÉRICA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MEXICO.....

AÑO..... TERCERA.....

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



INVESTIGACIONES  
SOCIALES

*Primera edición, mayo 1961*

© *Todos los derechos reservados*  
*por*

Instituto de Investigaciones Sociales  
Universidad Nacional Autónoma de México

*Impreso en México, por Gráfica Panamericana, S. de R. L.*

*A Ezequiel Martínez Estrada*

**Ds 8011**



## INTRODUCCIÓN

Este trabajo cubre fenómenos actuales; incursiona, sin embargo, en el tiempo histórico, porque en el mundo iberoamericano sobreviven muchas formas socioeconómicas, culturales y políticas del siglo XIX y no pocas de la era colonial. Se ocupa de los partidos como instituciones, con su estructura y su dinámica encarnada en programas; pero sobre todo, de su composición por clases sociales, de los intereses económicos que representan y de la influencia que ejercen en las sociedades contemporáneas.

El objeto del trabajo es proponer la existencia de grandes lineamientos comunes y ofrecer un esquema para discusión y orientación de estudios más amplios, que deben partir de investigaciones de campo hasta ahora casi inexistentes. El sociólogo ve el partido como un hecho social y como materia de su ciencia; la secretividad en que para fines mediatizados tra-

tan de mantener muchas organizaciones políticas su verdadera estructura y particularmente el género de su membrecía, es signo de inmadurez de nuestras sociedades y remanente del sistema de logias del siglo pasado. La verdad en lo tocante a partidos-políticos no es más nociva que la verdad de las estadísticas sobre desnutrición, criminalidad o causas de la muerte; la actividad política en los países subdesarrollados es tanto o más importante que la actividad económica, y su falseamiento obstaculiza una buena planificación para corregir males y provocar cambios favorables.

Aplico el método inductivo, para llegar a generalizaciones posibles. Al explorar los antecedentes históricos expongo, someramente, por orden cronológico, subrayando los fenómenos socioeconómicos.

Considero el partido político como expresión de clase y como instrumento de defensa de sus intereses concretos; en su formación, su existencia o su proyección social no hay más hechos fortuitos que los que intervienen en cualquier fenómeno sociológico.

Analizo sólo unos cuantos partidos que no *a priori* sino después de situados como instituciones sociológicas, considero como productos típicos de ciertas ideologías y formas de integración social de tipo americano. Con excepciones contadas, los demás partidos de la región han aportado pocas ideas originales a nuestra vida política y más parecen calcas de las concepciones europeas. A la perspectiva política mexicana sólo me refiero de modo incidental y por el antecedente directo que es la revolución para casi todos los agrupamientos de la izquierda.

Las fuentes documentales del trabajo son muy escasas; directos, en cambio, son sus orígenes en experiencias personales y en un largo contacto con dirigentes políticos del continente. Desearía haber podido cuantificar muchos factores, por ejemplo los procesos electorales y la relación entre partidos y clases; para abreviar, omito también la transcripción total de bases programáticas. Sólo dentro del contexto de todos estos límites debe examinarse mi modesta aportación a un tema tan vasto.





**ANTECEDENTES Y ENMARCAMIENTO  
HISTÓRICO**



## I. ANTECEDENTES

Las primeras inquietudes políticas se advierten a finales del siglo XVIII y coinciden con la formación de la burguesía criolla y de la clase media, entre cuyos intelectuales producen agitación el enciclopedismo y las revoluciones norteamericana y francesa. Las ideas revolucionarias norteamericanas influyen sobre la estructuración del Estado; pero en lo cultural y sobre todo en lo económico, los franceses imponen sus modelos porque éstos se refieren a una realidad nacional mucho más análoga a la iberoamericana que la de los Estados Unidos.

Ya en 1812, en las Cortes de Cádiz, los delegados iberoamericanos evidenciaron una ideología precisa. El examen de sus proposiciones basta para advertir que sus anhelos eran incompatibles con el régimen colonial; no obstante, la concepción republicana tardó tiempo en clarificarse y afirmarse: la idea de la monarquía no

estuvo totalmente ausente del ideario bolivariano e Iturbide la tradujo a hechos en México; Hidalgo vivaba a la independencia y a la libertad, pero también a Fernando VII.

La independencia fue encabezada por las oligarquías criollas para substituir a los españoles en el poder y abolir los tributos a la metrópoli; mas su ideología dominante fue el liberalismo y su instrumento ejecutivo, la clase media.

Es preciso insistir en que contrariamente a lo que suele afirmarse a la ligera, liberales y conservadores no eran grupos amorfos sino verdaderos partidos políticos, con estas características en común: programas ideológicos, tendencias evolutivas institucionalistas, intereses económicos definidos, actividad predominante en las ciudades, organizaciones permanentes de dimensión nacional, membrecía regular, representación en los distintos organismos del gobierno, liderato centralista de intelectuales surgidos de arriba abajo, escogencia de los ejecutivos entre personalidades notables, preeminencia de los legisladores en los cuadros directivos, órganos de prensa y entidades simpatizantes de natura-

leza política, económica y cultural. La inestabilidad de los gobiernos, la inmadurez en todos los órdenes de la vida ciudadana y la ineffectividad de los sistemas electorales no son óbice para reconocer la vida de los partidos tradicionales desde la época de la independencia.

El partido liberal fue el primero en profesar e inculcar conciencia de la nacionalidad. Auspiciaba reformas agrarias y tributarias tendientes a una mejor distribución del ingreso, desarrollo de obras y servicios públicos y de nuevas fuentes de riqueza, democratización de la administración pública, generalización de la enseñanza laica y finalmente, eliminación del poder político y económico del clero católico. La sustentación lógica del partido estaba entre la clase media y los intelectuales pobres de la clase alta, que buscaban la afiliación de las masas a través de principios de igualdad y de reformas agrarias de tipo burgués.

El partido conservador auspiciaba el orden, la buena administración pública y la preservación de los estamentos básicos de la colonia; todo lo que contra ello fuera se consideraba

---

exótico, subversivo y contrario a la voluntad de Dios. La mayor parte de sus fórmulas para resolver los problemas internos se reducía a la ayuda y la imitación extranjeras: sucesivamente fue hispanista, probritánico, francófilo, germanófilo y finalmente, proyanqui. Conociendo el espíritu reaccionario de la sociedad en general y particularmente del campesinado, buscaba la membrecía de las masas a través del respeto a las comunidades rurales y a las costumbres.

Las grandes unidades geopolíticas y la posibilidad de una federación de alcance iberoamericano se anularon poco después de la independencia a inspiración de las oligarquías, al tanto de que sus intereses se defendían mejor en el ámbito provincial y aislado. Menudearon las guerras fratricidas y entre vecinos; la preexistencia de un orden económico monstruosamente descompensado por diferencias abismales entre las clases dominantes y las masas, y la lucha de la clase media por alcanzar una situación económica de que carecía, provocó un período caótico en que algunos de los mejores hombres llegaron a dudar de que el iberoamericano

fuese capaz de civilizarse. Los partidos pierden solidez programática y el sector rural comienza a manifestarse por medio de jóvenes ambiciosos, hijos de pequeños y medianos terratenientes. Es la época del caudillismo, del anecdotario pampero de la violencia, al que ponen fin militares que con menos letras que audacia, implantan dictaduras acuerpadas por la reacción.

Los ejércitos regulares fueron creados por los liberales como sustituto de la iglesia católica, que era instrumento decisivo de los conservadores. El militarismo tenía la ventaja de formar cuadros dirigentes con celeridad; pero entre sus numerosos inconvenientes estaba el desplazamiento de los ideólogos por los generales.

Las dictaduras resolvieron el problema de la inestabilidad política; pero no los problemas sociales y económicos. Desde mediados de siglo se desencadena la verdadera revolución liberal conocida como la Reforma. Este movimiento abarca a casi todo el continente y sofoca la vida política; empero, realiza desde el gobierno buena parte del programa progresista que incorpora a Iberoamérica al mundo moderno.



Poco antes de mediados de siglo entra en juego el imperialismo. Potencias europeas ya habían suministrado préstamos a raíz de la independencia. Estos préstamos no repercutieron en desarrollo económico de especie alguna sino que se consumieron en poner a flote las precarias finanzas públicas. Inglaterra, especialmente, quiso convertir a esta fracción del nuevo mundo en otra África; pero le saltó al paso el naciente imperio de los Estados Unidos. El equilibrio entre las dos potencias anglosajones nos salvó de convertirnos en colonias legales; pero no de invasiones, cercenamientos de territorio e innumerables actos de intervención. Ante la fuerza de la necesidad, los gobiernos reformistas tuvieron que abandonar su posición nacionalista y recurrir a finales del siglo, a capital estadounidense para financiar sus servicios públicos y aprovechar sus recursos naturales. Desde entonces, los Estados Unidos se vinculan a la reacción y a todos los gobiernos despóticos que garantizan y amplían sus negocios.

Derrotados, menguados en sus bienes, amenazados hasta en su misma existencia, los con-

servadores abandonan la táctica subversiva y adoptan maneras más sutiles de escalar el poder, o por lo menos de compartirlo en defensa de sus privilegios. El liberalismo en el gobierno produce una nueva clase dominante: generales, nuevos latifundistas laicos, políticos enriquecidos, y en los países más desarrollados, industriales, grandes comerciantes y banqueros. Esta nueva clase se funde con las oligarquías conservadoras y hace perder al liberalismo todo su empuje reformista y avanzado. Los grupos privilegiados rodean a la jerarquía presidencial del aparato de una majestad, se encargan del orden económico y adoptan el positivismo como cómoda filosofía de justificación para el sistema. Personalmente, el mandatario conduce la política, que se reduce a cabildeos entre sus propios grupos y al sistemático estrangular de la oposición.

En Argentina, Uruguay y Chile, especialmente, la inmigración europea difunde desde las postrimerías del siglo XIX ideas sindicales, socialistas y anarquistas, y los partidos incorporan a sus programas la temática social y econó-

mica. Estos movimientos eran casi exclusivamente urbanos y junto a sus conquistas, el campesinado prosiguió en las condiciones propias de un orden agrario samifeudal que en buena parte, todavía dura. La evolución del Brasil fue muy distinta a la del resto del hemisferio; después de la colonia portuguesa tuvo un imperio progresista e ilustrado hasta finales del siglo, en que declaró la república; nacieron entonces los partidos políticos, caracterizados menos por sus tendencias de fondo que por los intereses locales que representaban. Ningún cambio de trascendencia se opera en la estructura democrática del país hasta el movimiento iniciado por Getulio Vargas en 1930.

Estamos a principios del siglo xx; dialécticamente, nuestras sociedades han quedado divididas en dos sectores activos: de un lado la élite en el poder, sin distingo de liberales y conservadores, masones y dignatarios de la iglesia; del otro, la clase media desposeída, los intelectuales pobres de todas las clases, el naciente proletariado industrial, los artesanos politizados y la masa campesina totalmente pos-

tergada, para la que cien años transcurrieron impunemente.

\* \* \*

La revolución mexicana tuvo como antecedente ideológico el manifiesto del partido liberal publicado por los Flores Magón y compañeros a comienzos del siglo actual, que aunque se proclamaba como continuidad del movimiento juarista, por su contenido socioeconómico apuntaba ya ideas socialistas y soluciones al problema de la tierra. Empero, durante su fase armada, la revolución no partió de moldes ideológicos ni los hizo; movimiento popular y campesino, tuvo tantas modalidades como zonas donde operaban los ejércitos. La constitución de 1917 no fue obra de partidos sino expresión de intelectuales presionados por la realidad que ya había consolidado el pueblo por la fuerza de las armas; fue un instrumento de definición de lo hecho y una meta para que prosiguiera por la senda que llevaba. La coexistencia de sus principios socialistas con el liberalismo ortodoxo que impusieron los legisladores burgueses le da un sello ambivalente; sin embargo,

esa constitución es el epitafio de los partidos históricos, de los que en lo sucesivo no ha habido brote alguno. Pasado el período de los generales-caudillos en la presidencia, con sus precarios grupos de servidores, las fuerzas políticas mexicanas se definen y se alínean como en los países capitalistas: obreros y patronos, reacción y revolución, nacionalismo e imperialismo.

La revolución mexicana tuvo hondas repercusiones en el resto de Iberoamérica, especialmente en la zona de las Antillas. Todos los partidos de izquierda formados después de la primera guerra mundial le deben algo o mucho; la reforma agraria, la recuperación de los recursos naturales y la industrialización fueron pauta de los programas del APRA en el Perú, de los socialistas argentinos, uruguayos y chilenos, y posteriormente de Acción Democrática en Venezuela. Diversos factores, entre otros la bonanza económica de la década 1920-30, impidieron que estallaran revoluciones semejantes en los países del sur; las fuerzas de la reacción y particularmente el ejército regular, perma-

necían intactos, compeliendo a los partidos de izquierda a adoptar programas moderados y reformistas. No cundió, pues, la lección dada por el presidente Plutarco Elías Calles al crear instrumentos unificados de acción sindical y política, como la CROM y el Partido de la Revolución Mexicana.

Entre 1920 y 1930 los Estados Unidos se convirtieron en la primera potencia mundial y acapararon el comercio del hemisferio. La afluencia del oro europeo les permitió una expansión industrial que requería crecientes cantidades de materias primas. En nuestros países, gobiernos fuertes, pero bonachones, repartían el dinero a manos llenas; el poder adquisitivo de las masas subió. Estas condiciones de seguridad estimularon la vida política hasta un grado que no tenía desde la época de la independencia. En Suramérica adquieren gran beligerancia los sindicatos, los partidos socialistas y los primeros núcleos del partido comunista. El experimento soviético inquietaba a las juventudes, que a finales de la década siguieron el ejemplo de la revolución universitaria argen-

tina e incorporaron a sus programas una ideología socialista de aspiraciones universales. Muchos líderes de los partidos surgen de la masa y el proletariado urbano empieza a familiarizarse con los nombres de los bolcheviques europeos y a proponer cambios propios de los grandes países industriales. El movimiento social sigue siendo urbano; la izquierda, salvo en México, carecía de la clara conciencia de que en Iberoamérica no puede haber revolución genuina y duradera sin una fundamental reforma agraria.

La depresión económica que abatió al mundo tras el derrumbamiento de la bolsa de valores de Nueva York, ocasionada por la anárquica sobreproducción, el subconsumo y la inflación del crédito, se cargó en cuenta al sistema capitalista y especialmente a los Estados Unidos. La exacerbación del nacionalismo se vio como alternativa del comunismo, que estaba reñido con la manera de vivir occidental. Combinando el sistema totalitario unipartidista de supremacía estatal y dirección de la economía, con el espíritu de lucro y la defensa de la propiedad

---

privada, surgen el fascismo y el naciismo. El capitalismo remoja sus procedimientos en la política del Nuevo Trato, creada por Franklin D. Roosevelt no para la liquidación de aquél, sino para su continuidad. Entre unas y otras corrientes, el liberalismo cae en completo descrédito, a pesar de la apariencia individualista que Roosevelt daba a sus reformas para no asustar al pueblo estadounidense.

El Nuevo Trato contribuyó a afianzar en el poder a muchos dictadores iberoamericanos que de Roosevelt copiaron sólo las reelecciones y de Hitler y Mussolini, todo lo demás. El gobierno de Washington los toleró y no pocas veces los ayudó a cambio de la garantía que prestaban a las inversiones norteamericanas y de las prórrogas y ampliaciones que otorgaron a sus estatutos concesionarios. Ubico, Hernández Martínez, Carías, Somoza, Machado, Trujillo, Juan Vicente Gómez, Sánchez Cerro y los varios autócratas bolivianos y paraguayos son producto de este período.

La vida política se deprime. Las dictaduras aplastan a las izquierdas y a todo género de opo-



sición, llamándoles al principio comunistas, y nazis a medida que los intereses norteamericanos chocaban con los del Eje. Sólo Argentina, Chile, Uruguay, Costa Rica y México se libraron del proceso. La experiencia del Frente Popular en Chile demostró la madurez de las izquierdas; en general, la derecha carecía de fórmulas para contrarrestar los efectos de la depresión, como no fuera el mantenimiento de los salarios a su más ínfimo nivel, los subsidios a la producción, la mayor incidencia de los impuestos sobre las clases pobres, la ayuda norteamericana a través de precios estables a las materias primas, y el uso del ejército para aplastar las protestas.

México afronta la situación desplazando su política hacia la izquierda nacionalista. El instrumental que había preparado Calles sirvió al general Lázaro Cárdenas para apoyar la vigencia de los principios socialistas de la constitución. La llegada de varias decenas de miles de españoles republicanos robusteció a las izquierdas y les otorgó conciencia de la lucha contra el nacifascismo a escala mundial. En el

campo y en la ciudad, el partido comunista actuaba en plena libertad. La oposición, en todas sus formas, quedó desintegrada y hasta sin el inveterado puntal del gobierno de Washington, que consecuente con la política antitrust rooseveltiana, soportó la expropiación petrolera, el máximo golpe dado hasta entonces contra el imperialismo anglohollandés y norteamericano.

La segunda guerra mundial estanca la vida política en todo el continente. El Lic. Vicente Lombardo Toledano y los líderes comunistas emprenden una campaña de unificación de "fuerzas democráticas" contra el nacifascismo, de justificación del pacto Stalin-von Ribbentrop (que tanto desacreditó a la Unión Soviética), de tregua en las conquistas obreras y de avenimiento de las izquierdas con los dictadores que compraban la supervivencia con el servicio a la causa aliada. Los movimientos revolucionarios que ya estaban en el gobierno en Chile, Cuba y México, se institucionalizan y echan marcha atrás. Los grupos centristas inclinados a la derecha cobran preeminencia con sus programas de desarrollo del capital, en

mengua de todas las demás clases sociales y particularmente de los trabajadores.

Lo mismo que había pasado después de la primera guerra mundial pasó después de la segunda: para atraer adeptos, los aliados se proclamaron defensores de una ideología populista basada en la libertad y la seguridad económica para todos los pueblos del mundo, y éstos —particularmente los oprimidos y hambrientos— lo creyeron y obraron por su cuenta. A medida que se acercaba la victoria, las grandes potencias occidentales redoblaron sus esfuerzos para que se olvidara el vasto compromiso que habían contraído en el pacto del Atlántico y la proclama de las Cuatro Libertades; pero ya era tarde. De 1944 en adelante se produce una serie de movimientos pluriclasistas, con tendencias nacionalistas de izquierda, que desalojan violentamente a varios dictadores; en estos progresos se identifica la orientación ideológica de la revolución mexicana y muy en especial del período cardenista.

Durante el quinquenio 1945-50 hubo momento en que partidos progresistas gobernaban

en México, Guatemala, Costa Rica, Cuba, Venezuela, Ecuador, Chile, Bolivia, Uruguay y hasta cierto punto, Brasil. En Argentina, el justicialismo favoreció a las masas urbanas e instituyó un programa de reformas agrarias que sin cambiar la estructura básica de la propiedad, protegió al campesinado; los grandes intereses se vieron afectados por los nuevos sistemas tributarios y la política nacionalista fortaleció al capital del país, estatizó empresas extranjeras de servicios públicos y conservó como patrimonio argentino los hidrocarburos. El peronismo fue una dictadura de tipo fascistoide que desquició a las organizaciones políticas de todas las tendencias y que al final entró en proceso de corrupción y de cesión del patrimonio nacional a los intereses extranjeros; pero no puede negarse que su obra a favor de las masas marca hito en la vida argentina.

El balance del quinquenio es el siguiente:

1. Todos los partidos incorporan a sus programas los temas de la reforma agraria, la industrialización, la justicia social y el desarrollo económico de conjunto. Sus organizaciones se

vuelven más permanentes y eficaces para actuar dentro o fuera del gobierno. La membrecía se busca entre todas las clases sociales, para formar entidades de extensión nacional. Imperan tendencias más o menos progresistas; pero de tipo reformista y evolutivo, con énfasis en un orden constitucional que permite el libre juego de todos los partidos. Se rechazan meticulosamente los aspectos totalitarios (comunistas o fascistas) y se inician contactos con agrupaciones extranjeras afines.

2. Los partidos de la izquierda son los más articulados en cuanto a programas reformistas en lo político, lo social y lo económico, y planifican el proceso evolutivo de una manera más técnica. El marxismo influye en sus planteamientos y en su terminología; pero se produce, por definiciones y estrategia, una marcada diferencia entre casi todos los partidos de tendencias socialistas (que son los más numerosos) y el partido comunista, hasta el punto de que la lucha llega a ser más violenta entre ellos que entre la izquierda y la derecha. El nacionalismo adopta formas concretas y se traduce casi

siempre en una posición antiimperialista. Las izquierdas se integran con obreros, pequeña burguesía, fuertes sectores de la clase media (la asalariada más que la independiente), parte substancial de la población universitaria y profesional, y el grueso de los campesinos organizados. La participación de la clase media en estos grupos es un factor de disolvencia, dadas las características individualistas y anarquizantes de dicho estrato.

3. Dialécticamente, la derecha se vuelve más congruente; no sólo procura conservar lo que tiene sino que aprovechando las enseñanzas fascistas, los planteamientos de los grandes partidos de tipo liberal que operan en los países anglosajones y los principios socialcristianos menos avanzados, dinamiza sus programas y sus tácticas. La eficacia de los partidos de derecha es a menudo mayor que la de sus competidores a causa de la homogeneidad de los intereses que representan y de la solidaridad entre sus componentes: burguesía liberal y conservadora, latifundistas, banqueros, la mayor parte de los industriales y comerciantes, intermediarios, y

los sectores artesanales y campesinos no organizados y movilizados por la iglesia. La derecha, por el número de sus afiliados, gana las elecciones con dificultad y sólo cuando se atomiza la izquierda; de aquí que busque y encuentre apoyo en las compañías extranjeras, el clero y los militares para llegar al gobierno, para mantenerse en él o para la protección de intereses comunes.

## II. CATALIZACIÓN DE LA DERECHA (1950-55)

La siguiente fase de la vida política iberoamericana, antes de la actual, se sitúa entre 1950 y 1955 y no puede desvincularse de la lucha entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Cada contendiente disponía de razones teóricas y prácticas para aniquilar a su rival; pero le faltaba una política capaz de movilizar aliados en el resto del mundo. A la URSS le fue fácil encontrarla en los tratadistas clásicos del marxismo, sobre todo en Lenin: el antiimperialismo. Hacia 1947, los Estados Unidos también formularon la suya: el anticomunismo.

Obra de los dirigentes de sus partidos históricos, el demócrata y el republicano, se ha ido llenando como una cesta a la que los diversos interesados aportan su grano de arena. Al principio tuvo como fin aislar a la URSS; seguida-



mente adversó la fundación y la operación del partido comunista; después incorporó el peligro de los partidos de tendencias nacionalistas de izquierda que habían surgido al primer plano en el quinquenio anterior; el próximo paso fue hacer la equivalencia entre anticomunismo y todo aquello que perjudica los intereses norteamericanos, y por último, equipararlo a todo aquello que perjudica los intereses de la derecha en general.

Mucho se ha escrito contra esta posición, que a diferencia de las que conocemos en el campo de la política, parte de una petición de principio y se levanta sobre una negativa sin definir su propia naturaleza. Sus derivaciones más nocivas han sido los actos de intervención norteamericanos, la conculcación de derechos individuales y sociales; el macartismo, ya casi extirpado dentro de los propios Estados Unidos como una vergüenza nacional, y el descrédito de la democracia por la falsificación de sus valores. Hay que admitir, sin embargo, que el anticomunismo ha sido el gran descubrimiento de la derecha como su catalizador típico.

---

La doctrina tuvo un ejecutor condigno: el canciller Foster Dulles. Eliminando de la política externa de su país el aspecto ético de que alardeaba el Nuevo Trato, la convirtió en negociación entre socios y en arma implacable contra quienes se desviaban de la línea común de conveniencia de los grandes capitales y de su nación de origen.

Reagrupadas, fortalecidas y de hecho autorizadas para una actividad subversiva, las derechas empezaron por derrocar mediante un golpe del ejército al gobierno de Rómulo Gallegos y con él, al partido Acción Democrática; acto continuo desalojaron al régimen izquierdizante de Carlos Prío Socarrás e instalaron en Cuba la tiranía de Batista, y por último se lanzaron contra la revolución de Guatemala, que había comenzado en 1944.

La cohesión entre los trabajadores y los partidos de la izquierda que de hecho constituían una especie de frente popular, evitó que tuviesen éxito los diecisiete levantamientos ocurridos entre 1945 y 1950 contra el régimen del presidente Juan José Arévalo. Perdida la paciencia,

---

el canciller Dulles decidió convertir el caso de Guatemala en una confrontación ejemplificadora para el mundo, entre el anticomunismo y las fuerzas por él combatidas; con la complicidad del ejército y la alianza beligerante de la iglesia católica, el gobierno de Jacobo Arbenz fue expulsado en 1954 gracias a fondos y armamentos suministrados por los Estados Unidos a un grupo de mercenarios que actuaron en plena libertad desde la República Dominicana, Nicaragua y Honduras. La operación implicó, naturalmente, la liquidación de los sindicatos independientes y de todos los partidos de izquierda, así como la inversión de las medidas que perjudicaban a las empresas norteamericanas. En sus memorias, recién publicadas, el excanciller británico Anthony Eden revela parte de esta maniobra intervencionista, que se proyectó hasta la ONU. El canciller Dulles llamó a la operación Guatemala "una gloriosa victoria"; los cambios ulteriores en las relaciones entre los Estados Unidos y casi todos los demás países del mundo demuestran lo contrario: el sentimiento antiyanqui nunca ha sido

tan generalizado y profundo como ahora, ni tan numerosos los pueblos que con tendencias progresistas se liberan de la supeditación a intereses foráneos.

Acogotados por la derecha como comunistas y por los comunistas como reaccionarios, los partidos de izquierda perdieron una tras otra las elecciones en Uruguay, Ecuador, Chile, Costa Rica, Perú y El Salvador. Las organizaciones obreras depusieron su beligerancia; sujetos a las presiones más directas, los campesinos se replegaron y dejaron de participar en la vida política. Los partidos progresistas que ya estaban en el poder en México y Bolivia adoptaron posiciones muy moderadas y conciliatorias con los Estados Unidos; Batista, Castillo Armas, Gálvez, Somoza, Trujillo, Rojas Pinilla, Odría, Strossner y Peñaranda recibieron doctorados *honoris causa* de la Universidad de Columbia. Hasta el coronel Perón, contra quien el señor Braden, a nombre del Departamento de Estado norteamericano, escribió un "libro blanco", ingresó a las filas de la democracia.

Cinco hechos marcan la crisis y el comienzo

de la regresión de la política anticomunista: los asesinatos de Castillo Armas y Somoza, la muerte de Foster Dulles, el descubrimiento de la bomba atómica por la Unión Soviética y el apaciguamiento de la China comunista por la Gran Bretaña.

Al equipararse la capacidad destructiva de las dos grandes potencias, los Estados Unidos ya no pudieron presentar como comunista a cualquier partido adverso a sus intereses que llegara al gobierno, pues ello significaba otorgar gratuitamente un aliado a Moscú y exponerse a que éste lo apoyara militarmente, originando sin lugar a dudas la tercera y última guerra mundial. Por otra parte, la Gran Bretaña ha evidenciado de manera no siempre abstracta que se rehusa a ir a la guerra en defensa de los intereses norteamericanos e inclusive, del capitalismo; sus buenas relaciones con la China anticipan la convivencia entre los dos sistemas en pugna, y por lo tanto desvirtúan el principio fundamental del anticomunismo.

Mas aun constreñido a ser patrimonio de los Estados Unidos y de las derechas iberoameri-

canas, el anticomunismo no ha fracasado por completo y probablemente seguirá intentándose como el único catalizador de la reacción en el hemisferio y como una política a corto plazo, sin ideología y con formas operantes que variarán a la medida de las circunstancias.



### III. LAS NECESIDADES ECONÓMICAS Y LA POLÍTICA

Tesis común a las izquierdas y a los sectores modernos de la derecha es el imperativo de elevar a nuestros países del semifeudalismo al capitalismo. Este punto de vista condiciona a las necesidades económicas buena parte de la ideología, la planificación y la dinámica de los partidos.

La superación del semifeudalismo no ofrece dificultad teórica puesto que radica básicamente en el atraso del agro, la falta de industria, la irracional explotación de los recursos naturales y de los servicios públicos por empresas extranjeras, y el mercado embotellado hacia los Estados Unidos. Pero la formación de capital plantea el difícilísimo problema de armonizar los intereses de inversionistas extranjeros y locales, y los intereses de empresarios y trabajadores, sin perder de vista la conveniencia nacional.



En países donde el desarrollo capitalista ha sido paulatino y sistemático, todos los intereses en juego han progresado y se han compaginado paralelamente; de modo invariable, el capital extranjero ha contribuido a tal desarrollo, evolucionando desde la obtención de privilegios y altísimas ganancias hasta el concepto de libre competencia y utilidad racional. En Iberoamérica hay que tomar en cuenta dos factores nuevos: el imperialismo norteamericano y la complejísima formación de nuestras sociedades, donde coexisten estructuras prehispánicas, coloniales, liberales y contemporáneas con igual vigencia.

En el mundo actual existe no sólo la diferencia de clases, sino la diferencia entre países ricos exportadores y países pobres y explotados; pero es simplista y en buena parte erróneo atribuir al imperialismo toda la culpa de la miseria iberoamericana. En nuestros días resulta paradójicamente un aliado de los sectores progresistas, por su interés en elevar la capacidad de absorción de los pueblos para las manufacturas. Lo grave es que también persigue este

progreso material sin aumento de la conciencia de clase ni de la actividad política que tienda a despertarla, y la superación del semifeudalismo sin instituciones o estructuras que tarde o temprano pudieran debilitar al sistema capitalista. En esta trampa reformista caen voluntariamente los sectores de derecha y cándidamente casi todos los partidos de izquierda.

La industrialización lleva un ritmo vertiginoso en Argentina, Chile, Brasil, Colombia, Venezuela, El Salvador y México, donde, como es natural, los capitalistas tienden al nacionalismo conforme el choque entre sus intereses y los del extranjero es más intenso. Tal expansión, sin plan ni política, hace cada vez más abismales las diferencias en el ingreso por persona, hasta el punto de que si no se eleva el poder adquisitivo de las masas, la industria puede ahogarse en sus propios productos.

Con buena voluntad no exenta de miopía, los gobiernos creen cooperar al desarrollo económico apoyando irrestrictamente al capital y reprimiendo a los obreros en sus reivindicaciones. La izquierda está conciente de ello y sue-

le denunciarlo en la medida en que conserva independencia del poder público; pero sus planteamientos para resolver la cuestión no son claros y en consecuencia, por una parte se resta el apoyo de los capitalistas y por la otra el de los trabajadores. Algunos sectores de extrema izquierda, sin conciencia crítica, tratan de justificar su existencia encaminando la acción laboral exclusivamente contra los gobiernos, aunque en éstos se hallen partidos democráticos e inclusive avanzados; esto acaba por hacerles perder el apoyo de las masas y el control de los sindicatos.

La colisión entre la necesidad de formar capital y aumentar la producción, y la necesidad de elevar los ingresos y el nivel de vida de los trabajadores es la piedra de toque para la ideología de un partido. Ello otorga vigencia también a las compenetraciones y exclusiones entre la conciencia crítica, o sea la perspectiva histórica que evalúa el provecho de una nación entera, y la conciencia de clase, valor social y subjetivo que se refiere al provecho de uno solo de los agrupamientos sociales. Para la me-

---

por comprensión de este fenómeno hay que añadir que *dentro del sistema capitalista y donde la libertad de acción es más o menos efectiva, las clases populares sufren considerable pérdida de posibilidades de acción cuando se incorporan a los partidos, pues éstos son invariablemente pluriclasistas y en su seno se conjugan las metas de patronos y obreros, con mengua de los últimos, que es tanto mayor cuanto más grande es la conciencia crítica del partido.*



# LOS PARTIDOS REPRESENTATIVOS



## I. EL RADICALISMO ARGENTINO

En los últimos quince años del siglo pasado se produce en la República Argentina la polarización de la derecha, que dialécticamente engendra un amplio y promiscuo frente opositor de capas marginales más imbricadas que fundidas: la clase media, la clase popular y los conservadores arruinados por el naciente capitalismo. Mediante un trastrueque de valores, la oligarquía se autodenomina liberal, a despecho de que nada tiene que ver ya con los rumbos de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, signos progresistas de su época. La tierra, la riqueza en general, se concentra hasta el máximo. La oligarquía, en alianza con un imperialismo europeo (el inglés) que aún no estaba suplantado por el norteamericano en el Sur, explota a las demás clases y a los inmigrantes. El gobierno del general Julio A. Roca (1880-86 y 1898-1904) es el porfiriato mexicano, con algu-



nas importantes diferencias de método y sobre todo de ubicación: la industria estaba mucho más desarrollada que en México (24,000 establecimientos; 175,000 obreros, muchos de ellos organizados; grupos socialistas y anarquistas en pleno funcionamiento, 9,000 Km. de ferrocarriles), la cuarta parte de la población era inmigrada de Europa; la masa rural sólo sumaba el 57 % y apenas 60,000 indios se habían salvado de la "heroica campaña del desierto", mantanza semejante a la de los pieles rojas. Por otra parte, la administración estaba corrompida y el envilecimiento de la moneda con que el gobierno defendía sistemáticamente el valor de las inversiones, acogotaba a las mayorías asalariadas.

El choque con la iglesia católica desencadenó la crisis; porque la minoría gobernante era laica y en este terreno sostenía instituciones avanzadas para su época. Ello insertó a los conservadores desplazados en la "unión cívica" que, formada por grupos obreros, clase media y sectores militares, se lanzó a la revuelta en 1890. El movimiento no era una genuina revolución

y por ende, aunque hubiese triunfado en su forma primigenia, no habría llevado a la Argentina a un tipo de desarrollo socioeconómico y político similar al que ha cambiado el panorama de México en el curso del siglo xx.

La Unión Cívica Radical (URC) es un desprendimiento de la masa heterogénea que se alzó contra la oligarquía; sus principales fundadores fueron el romántico y brillante Leandro N. Alem, el cristiano José Manuel Estrada y Bernardo de Irigoyen (pariente lejano del presidente del mismo apellido). El partido se rehusó a cooperar con los núcleos fosilizados de la oposición y por su dinámica y sus posiciones izquierdizantes, mereció el respaldo de grandes masas. Pero sus planteamientos —búsqueda, más que definición— eran demasiado voluminosos y a la fuerza se contradecían; esto motivó una nueva dicotomía: Lisandro de la Torre se apartó hacia el centro con el Partido Demócrata Progresista (ratificadorio de la pureza liberal), de eminentes actuaciones parlamentarias, y Juan Bautista Justo fundó el socialismo que, con firme base marxista, propone la reforma

agraria, la socialización de las industrias y la militancia de su entidad como partido uniclasista de los trabajadores.

Ante el bloqueo de la poderosa oligarquía que se empecina en su última batalla, la oposición no logra conquistar el gobierno y exasperada, prueba a veces el levantamiento armado y hasta el terrorismo. Los conductores más astutos de la clase superior llegan al convencimiento de que la agitación general es prueba de que la vida política no cabe más en sus anacrónicos moldes y de que al encauzarse, se puede evitar el rompimiento de las infraestructuras del sistema. Así acepta la ley electoral de 1910, que con el voto secreto y universal, la representación minoritaria y el control para la efectividad del sufragio, pone los cimientos a la democracia burguesa.

Entre 1913 y 1914, socialistas (en mayoría) y radicales arrollan las elecciones parlamentarias y preparan el triunfo de la Unión Cívica Radical, que en 1916 instala a su primer presidente, Hipólito Irigoyen. Conservadores y liberales, que se habían alternado en la cúspide

durante un siglo, pierden su preeminencia política y pasan fundidos a la oposición para defender sus intereses ya comunes.

UCR era un partido de clase media con masa obrera y núcleos avanzados de capitalistas y profesionales, y aun de terratenientes que con un sesgo oportunista trataban de salvarse del arrollamiento. El programa del partido seguía siendo contradictorio; pero con un lineamiento global nacionalista y reformista mantenía cohesionados a todos sus componentes. Además, de una manera íntima, encarnaba el esquema mental de la nueva república, indiscutiblemente un conglomerado que se identifica con su clase media; esta coincidencia ha hecho que el radicalismo sea el partido mayoritario que gana el poder cada vez que hay elecciones libres.

Irigoyen fue un reformista muy personal, austero y competente. Apoyándose en la clase media de su partido, estatizó actividades industriales y servicios públicos, fundó Yacimientos Petrolíferos Argentinos para la exploración y la explotación de los hidrocarburos por cuenta del Estado; con una política invariablemente

nacionalista redujo el poder de las empresas extranjeras existentes y en lo internacional se mantuvo a distancia equilibrada de los bloques mediante un neutralismo digno. Pero, sobresaltado por las manifestaciones obreras que reclamaban la ampliación de sus derechos y por las inspiraciones marxistas de la reforma universitaria después de la revolución soviética de 1917, desencadena represiones que empañan el decoro democrático de su primera gestión presidencial.

Simultáneamente, el partido radical, con un electorado decisivo y fiel, va tomando un arrumbamiento centrista, institucional, burocrático, que deja en agraz las tentativas de romper las fortalezas semif feudales y los entronques económicos de la reacción. Las mayorías se dejan atrapar por la bonanza de posguerra y por la libertad reinante, y pierden su puesto de impulsoras de la política progresista. La segunda presidencia de Irigoyen es el epítome de esta situación y ante la incapacidad de enfrentar la crisis económica que apunta en 1929, se derrumba de modo natural ante un cuartelazo de

los militares. Desde entonces el ejército es el garante del "orden establecido", el escollo contra cualquier levantamiento de las masas exasperadas por la pobreza, y se transforma en el primer partido permanente de la Argentina, en el desiderátum de la política a través de una serie de dictaduras que culminan con el peronismo (1945-55) y que como vamos a ver, es el factor primordial para el fracaso del movimiento liberador de 1957.

Desde 1944, los jóvenes intelectuales de UCR reaccionan vigorosamente contra la vieja guardia acomodaticia y corrompida del partido; capitaneados por 44 parlamentarios, dan la batalla a Perón y tres años más tarde adoptan un nuevo programa radical, con estas bases:

- 1) Desarrollo industrial, con estatización de industrias básicas como la siderurgia, el petróleo, la petroquímica y la energía;
- 2) Reforma agraria profunda e inmediata;
- 3) Nacionalización de los servicios públicos;
- 4) Restablecimiento de la enseñanza preconizada por Sarmiento, obligatoria, laica y gratuita;

5) Formación de la central única de trabajadores, ajena a intereses partidistas y dueña de plena acción para alcanzar las conquistas de su clase, y

6) En lo internacional, ratificación de la política neutral e iberoamericana de Irigoyen.

El peronismo, por la eficacia de sus programas sociales y de la demagogia de sus conductores, quitó las masas organizadas a los demás partidos, que aunque valerosamente, se vieron forzados a luchar sólo al nivel de las élites. La clase media —que fue la más golpeada—, respondiendo a sus conocidas contradicciones, se desgarró en pequeños grupos teóricos de disparas tendencias. Por cansancio y por decepción, como señala Martínez Estrada, el pueblo soportó al justicialismo y en buena parte lo acuerpó por su terminología entusiasta y viva, y porque significaba la posibilidad de cambio (que desde luego, sólo se produjo en mínima parte). Nadie podría negar, sin embargo, que la era peronista revulsionó a la ciudadanía y la encaminó a tomar conciencia de que los problemas argentinos sólo se plantean y se resuelven me-

diante programas en que la política esté indisolublemente vinculada a la socioeconomía, y con la indispensable beligerancia de la clase trabajadora. Creo que cualquier esfuerzo que haga la clase media para presentarse como definición y encarnación de la sociedad argentina, está destinado al desastre, dada la madurez de las condiciones que enfrentan al capital y al trabajo, y que allá se dan en mayor grado que en casi todos los demás países iberoamericanos.

Al estallar la insurgencia de 1955 cunde una sensación de alivio y un anhelo general de dignificación. Como en 1890, se espera la revolución, no el orden quietista. Mas al igual que entonces, se insertan los conservadores y su potencia más contundente, los militares, que arbitran el camino y de nueva cuenta esterilizan los fermentos renovadores.

El partido radical era el único que ofrecía un armonioso conjunto de programas de alcance nacional, liderazgo joven y tradición de gobierno en sus mejores días. Pero conforme se acercaba la oportunidad de llevar a la práctica las promesas y los grandes cambios, funcio-



naron otra vez las contradicciones de la clase media (su núcleo más reiterado) y se escindió en dos ramas: la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), con Arturo Frondizi a la cabeza, y la Unión Cívica Radical del Pueblo, dirigida por Ricardo Balbín. Ésta se organiza muy bien; mas por sus tendencias demoliberales, moderadas y reformistas, atrae a muchos elementos reaccionarios y no interpreta la sensibilidad general, desplazada a la izquierda para no quedar atrás del populismo de Perón. El UCRI, en cambio, significaba más que un partido, el catalizador de las aspiraciones y de las soluciones plenarias. Frondizi alcanza el triunfo en 1958 con la mayoría más rotunda que registran los anales del sufragio argentino; por él votan dos tercios de los peronistas, los 228,000 comunistas, los independientes y su propio partido, que con ello recibía una adhesión de fe en sus hombres y de confianza en el programa revolucionario que había proclamado en 1947.

Frondizi aprovechó su indisputado magisterio para sacrificar a su tautológica política de integración nacional a las masas que lo habían

llevado al poder. En pugna con la línea "intransigente", forma su gabinete con una extensa baraja en que están representados todos los matices ideológicos, desde comunistas rectificadores hasta nacionalistas católicos y liberales revisionistas. La primera reacción pública es el desconcierto; no obstante, se confía en la astucia del líder que a través de arreglos con las jefaturas, había logrado soldar al frente general de izquierda incluso al peronismo, que era el grupo político más fuerte del país.

Temerosos de la naciente unidad civil que amenazaba con borrar las fronteras entre las agrupaciones y convertirse en un formidable partido revolucionario, los militares saltan rápidamente sobre el gobierno desviándolo hacia la derecha y haciéndolo romper sus pactos con peronistas, comunistas e izquierdistas definidos. En las bases no hubo necesidad de imponer viraje porque desde el principio los líderes de la intransigencia, que son figuras provincianas, engreídas y proclives al caudillismo, colisionaron con obreros y campesinos.

En vez de aprovecharse del desprestigio de

las fuerzas armadas y de la efervescencia cívica, el presidente da la espalda a todos los principios revolucionarios y funda el "frondizismo", política "realista" que partiendo de que una cosa es estar en la oposición y otra en el gobierno, aún la planificación económica a largo plazo para la formación de capital incluso a través de empresas extranjeras (sobre la premisa de que la Argentina carece de recursos para ello) y la prescindencia de toda norma ética o programática de partido para mantenerse en el poder a cualquier costo.

Semejante vuelco conmueve profundamente al país y lo abrumba de decepciones. La oposición se convierte en una gama desde la derecha hasta la izquierda, especialmente por el abandono de la política nacionalista, eslabón de casi todos los partidos y base del mito de la supremacía orgullosa de la república. La táctica de la oposición acerca a los extremos y sitúa a los políticos en posiciones incongruentes: los moderados hablan como superizquierdistas y los marxistas como liberales; los radicales de Balbín hacen la crítica como marxistas ortodoxos y una

rama de los socialistas se vuelve nacionalista, componedora y al mismo tiempo partidaria del consorcio con los Estados Unidos. En resumen, casi todos los agrupamientos y personajes del encuadre político resultan situados a la izquierda con respecto al frondizismo.

Fronzizi gobierna sin un gran partido, sin la iglesia, los militares, los sindicatos y la mayor parte de la clase media. Para llevar a cabo su plan de recuperación económica se pliega a las más irracionales presiones de los militares y trata de congraciarse con la derecha, inclusive los católicos. A este precio, los militares son los garantes de la Casa Rosada.

La ideología radical siempre fue equívoca y contradictoria; pero jamás había estado ante la encrucijada de amalgamar, como hoy, las doctrinas de Keynes, el sistema capitalista, el método marxista, la alianza con los Estados Unidos y el cambio y la empresa libres, además de eso que es directiva puramente personal y que puede llamarse frondizismo. La UCRI se transforma en un mecanismo de justificación del gobierno y en grado sumo con respecto a lo que

---

fue el partido radical durante la década 1920-1930, en una central de expedientes para teorizar sobre los cambios políticos sin merma de las estructuras fundamentales del atraso. Trescientas familias siguen poseyendo el 39 % de la tierra, 2,000 propietarios acaparan la quinta parte del territorio; el campo se sigue despo- blando y el costo de vida agobia a quienes viven de salarios o de rentas; las fuentes de materias primas se entregan de nuevo a inversionistas extranjeras y el mercado externo pierde diver- sificación y se concentra en los Estados Unidos, gran financiador del régimen. Cunde ese sen- timiento de frustración que ha señalado como típico de la sociedad argentina Ismael Viñas, notable teórico de la "intransigencia", hoy de- cepcionado y convertido en francotirador. Di- vidida y subdividida, la oposición es demasiado numerosa y multifacética para encontrar un programa que recupere el consenso mayoritario sin necesidad de componendas electorales; por otra parte, desearía ver el fin del frondismo, pero no con merma de la constitucionalidad o por la vía del cuartelazo militar, sino por al-

gún milagro que acelerara la marcha de los relojes. Esta limitación no permite llevar a sus últimas consecuencias la acción opositora. Los únicos grupos que han hablado de llegar por la fuerza al poder son precisamente la intransigencia radical y el peronismo; pero el primero está comprometido con el gobierno y el segundo, pese a su innegable membrecía (vitalizada por las masas que en él se refugian por añoranza de lo que les dio y por falta de otro sitio que les ofrezca perspectivas), no puede recuperar el gobierno sin una fisura en la casta militar, que hasta hoy, conciente del peligro que corre, permanece compacta.

La UCRI tiene como organismo supremo la convención nacional, integrada por delegados electos directa y proporcionalmente al número de afiliados de cada distrito. Dos delegados de cada provincia eligen a los miembros del comité ejecutivo nacional (presidencia, secretarías, vocales), que duran dos años en ejercicio. El partido es una organización federativa, es decir que sus filiales funcionan como entidades autónomas en cada provincia y en cada departa-

mento. A pesar de las disidencias, el UCRI aún dispone de los 22 gobernadores provinciales, de los 46 senadores y de una minoría de diputados suficiente para formar quórum; suyas son también las mayorías en las legislaturas provinciales, excepto Buenos Aires y Mendoza. En recientes elecciones locales las derechas han ganado en zonas concentradas del campo y todos los demás partidos (coalicionados o separadamente), en las ciudades; sin registro legal, el peronismo deposita votos en blanco en creciente número y demuestra su control sobre cuando menos la quinta parte de la ciudadanía.

El UCRI carece de figuras nacionales; las pocas que venían surgiendo se han apagado detrás de Arturo Frondizi, representativo, caudillo e ideólogo indisputado de la entidad. A la suerte de éste juega el partido su tradición, su futuro y quizá hasta su propia existencia.

## II. EL APRA

La reforma universitaria argentina, el triunfo de la revolución soviética y la fuerza explosiva de una clase media marginal que apenas salida de la adolescencia anhelaba liberar no sólo a su país sino al continente entero, son las raíces de este movimiento empezado en el Perú poco después de la primera guerra mundial. Los estudiantes fundaron las Universidades Populares González Prada, donde de noche impartían clases a los obreros, y aparte del marxismo leían a González Vigil, González Prada y Mariátegui, expositores de un pensamiento orgánico sobre la realidad peruana.

Víctor Raúl Haya de la Torre, brillante intelectual que descendía de las familias oligarcas, era el jefe del grupo, integrado también por Manuel Seoane, Ramiro Prialé, Manuel Vásquez Díaz, Heissen, Cox y algunos líderes obreros como Arturo Sabroso. El dictador en



turno se dio cuenta de lo que significaba el movimiento para los grupos privilegiados y lo persiguió. Haya de la Torre fue expulsado del país y empezó su peregrinaje por tierras americanas, radicándose en México, donde la revolución armada empezaba a cobrar forma ideológica. De José Vasconcelos, autor de *La raza cósmica*, tomó la idea del indio como substrato de la composición socioeconómica de América y en 1924 propuso la creación de la Alianza Popular Revolucionaria para América, cuya sigla es *APRA*, con una meta estratégica compuesta de cinco puntos: 1) Acción contra todos los imperialismos; 2) Unidad política de América Latina; 3) Nacionalización progresiva de tierras e industrias; 4) Interamericanización del canal de Panamá, y 5) Solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos del mundo.

Durante 36 años, Haya de la Torre, que es fundamentalmente un teórico, ha desarrollado esta doctrina en un exilio casi permanente. Separándose de la línea comunista por entender que la realidad sociohistórica americana, las perspectivas que abría al planteamiento cientí-

fico la teoría de la relatividad, la coincidencia del imperialismo con la superación de la etapa feudal en esta parte del mundo y las necesidades tácticas, imponían una lucha revolucionaria en el ámbito nacional con serias modificaciones a las teorías del marxismo-stalinismo, fundó el Partido Aprista Peruano en 1930.

Una de las características más singulares del aprismo es que nunca ha llegado al poder, pese a que desde hace seis lustros cuenta con una afiliación que oscila, según las épocas, entre el 40 y el 50 % del electorado, además de un 10 ó 15 % de simpatizantes. Tres veces ha decidido con sus votos las elecciones presidenciales de políticos que le son ajenos y hasta ideológicamente antagónicos, pero que le prometen legalidad: una en 1944, a favor de José Luis Bustamante (que dos años después se coludió con los militares para perseguirlos de nuevo) y dos a favor de Manuel Prado, el actual presidente, quien a despecho de pertenecer a una de las familias más reaccionarias y adineradas del país, ha mantenido en su segundo período un régimen de plena libertad política. En estas

---

ocasiones el APRA ha colocado hombres en el Ejecutivo y en las Cámaras, y a lo largo de su existencia (aun en la clandestinidad) ha influido poderosamente en otros sectores políticos para la toma de conciencia de la nacionalidad y los progresos democráticos; pero nunca ha podido realizar con plenitud su programa porque la coalición reaccionaria, que hasta ahora no pierde el control de la cosa pública, ve en él la terminación de sus privilegios. Por lo demás, Haya de la Torre predica que ningún partido cumple su misión histórica sin formar, antes de su llegada al poder, una conciencia revolucionaria entre las masas; los diversos levantamientos armados en que han tomado parte grupos apristas son producto de indignación momentánea ante los fraudes electorales y no táctica del partido para conquistar el poder por la fuerza.

El APRA brega por la unidad de todas las fuerzas progresistas; pero no ha podido atraer a los sectores del capital moderno y su membresía se compone en partes iguales de clase media, obreros y campesinos. Hasta 1950 abo-

gaba por la operación de sindicatos de partido; luego resolvió incorporar a las masas a través de la afiliación personal, bajo comités ejecutivos surgidos de abajo arriba y delimitados por distritos electorales. En los burós políticos y disciplinarios centrales se nota la permanencia de los viejos líderes; mas la crisis que se opera en las juventudes obliga al partido a dar creciente participación a nuevos militantes, hombres y mujeres que conquistan el mando por su militancia activa.

Muchos de los errores tácticos cometidos por el APRA se deben a la supremacía tutelar y casi mística que ejerce Haya de la Torre, cuyas directivas enviadas desde el exilio, suelen estar en pugna con la dinámica interna. De mayor trascendencia aún son las rectificaciones programáticas ocasionadas por el propósito de quitarse todo tinte extremista que le impida la conquista del gobierno. Esto le ha ocasionado defecciones entre intelectuales y estudiantes universitarios, que aunque en número muy reducido, se suman a los simpatizantes del partido comunista,

gaba por la operación de sindicatos de partido; luego resolvió incorporar a las masas a través de la afiliación personal, bajo comités ejecutivos surgidos de abajo arriba y delimitados por distritos electorales. En los burós políticos y disciplinarios centrales se nota la permanencia de los viejos líderes; mas la crisis que se opera en las juventudes obliga al partido a dar creciente participación a nuevos militantes, hombres y mujeres que conquistan el mando por su militancia activa.

Muchos de los errores tácticos cometidos por el APRA se deben a la supremacía tutelar y casi mística que ejerce Haya de la Torre, cuyas directivas enviadas desde el exilio, suelen estar en pugna con la dinámica interna. De mayor trascendencia aún son las rectificaciones programáticas ocasionadas por el propósito de quitarse todo tinte extremista que le impida la conquista del gobierno. Esto le ha ocasionado defecciones entre intelectuales y estudiantes universitarios, que aunque en número muy reducido, se suman a los simpatizantes del partido comunista,

Desde hace muchos años, los comunistas han combatido al APRA aún más enconadamente que a los socialistas porque lo reconocen como una alternativa revolucionaria y regionalizada de la política universal de su partido. Para evitar su llegada al gobierno han entrado en alianzas con la reacción y hasta con las dictaduras militares. En las elecciones nacionales de 1962, por ejemplo, se prevé una coalición de prácticamente todos los grupos contra el Partido Aprista Peruano si éste no se resigna a jugar su inveterado papel de coadyuvante de algún sector político derechista o centrista. Una agrupación hasta ahora amorfa y caudillista, pero vociferante y activa, llamada Acción Nacional, está asumiendo actitudes nacionalistas e izquierdizantes y hace correr al APRA el riesgo de quedar situado como partido de centro, ineficaz para responder a las demandas populares.

El aprismo ha influenciado mucho la formación teórica y la organización práctica de casi todos los sectores de la izquierda en Iberoamérica, y en circunstancias siempre adversas, se mantiene todavía como la fuerza política ma-

---

yoritaria del Perú. Mas parece que está ante la encrucijada final de su trayectoria, sin más disyuntiva que dar la pelea electoral con sus fuerzas, programas y candidatos propios, o entrar en proceso de disolución por pérdida del refrendo de las masas, cansadas de confiarle el triunfo.





### III. ACCIÓN DEMOCRÁTICA, DE VENEZUELA

El partido Acción Democrática (AD) fue fundado en 1940 por intelectuales marxistas surgidos de la resistencia contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Algunos de los dirigentes eran políticos y líderes natos como Rómulo Betancourt, Simón Alberto Carnevali, Raúl Leoni o Gonzalo Barrios; otros eran principalmente hombres de letras como Andrés Eloy Blanco y Leonardo Ruiz Pineda; otros más, de extracción popular, como el obrero Malabé Villalba o el campesino Ramón Quijada.

Aunque casi todos procedían de la clase media, el liderato siempre ha mantenido una firme cohesión, proyectada en una excelente disciplina del partido a través de persecuciones y exilios. Los pocos fundadores que disentían del grupo original por personalismos antes que por cuestiones ideológicas, como Jóvito Villalba, se

separaron para formar un nuevo partido, Unión Republicana Democrática, típico sector de clase media urbana que se enfrentó más enconadamente a Acción Democrática que a los otros partidos; después de coincidir con aquél en la dura lucha contra la tiranía de Pérez Jiménez (1949-1959) y de presentarse como centro de unificación de los pequeños grupos izquierdistas que auspiciaron la candidatura del contralmirante Wolfgang Larrazábal para la presidencia en 1959, ha integrado el gobierno con AD y COPEI (el partido socialcristiano).

Acción Democrática empezó como un agrupamiento urbano, inspirado en la reforma universitaria argentina y especialmente en el programa del APRA; mas pronto tomó conciencia de la indispensable participación del campesinado en los problemas agrarios del país: apenas llegó al poder en 1945 por la vía de un cuartelazo, puso en vigor una reforma agraria y un vasto plan de roturación de las extensiones incultas del interior. Esta política se consolidó y amplió durante el régimen constitucional del adeísta Rómulo Gallegos.

AD es, en relación con el electorado nacional, el partido de izquierda más numeroso del continente (excepto el MNR de Bolivia), con una membrecía activa de campesinos, obreros y sectores de clase media. Las elecciones de 1959, por ejemplo, las ganó por aplastante mayoría sobre la suma total de los demás partidos, a pesar de que como toda la izquierda y buena parte de la derecha misma, fue ilegalizado y salvajemente perseguido durante la dictadura perezjimenista.

Está organizado en toda la república por secciones distritales que incorporan directamente la militancia de hombres, mujeres, juventudes, gremios, obreros, campesinos y otros segmentos de la sociedad, bajo una jefatura regional supeeditada al comité ejecutivo de la capital, Caracas. Controla los sindicatos más numerosos y fuertes (petróleos, textiles, transportes, estibadores, etc.) a través de la afiliación personal de los líderes. Goza de mayoría decisiva en ambas Cámaras y de igualdad con los otros dos partidos de la coalición en los principales cargos públicos. Su jefe máximo es Rómulo Be-

tancourt, que ocupa la presidencia de la república; marxista de formación, realista por naturaleza, profundo conocedor de su pueblo, político audaz, hábil y de austera vida personal, Betaucourt es sin duda el estadista más moderno y completo de la América del Sur. Sus largos exilios lo han familiarizado con la integridad socioeconómica de la América Latina y lo habilitan para una defensa pertinaz, institucional y astuta contra el imperialismo norteamericano.

El programa de AD es una unidad técnica materialista, que plantea los problemas nacionales y les ofrece soluciones. Su enfoque es nacionalista, antifeudal y aunque menos categóricamente que el del APRA, antimperialista. En él se han inspirado todos los proyectos de ley propuestos o aprobados por sus políticos y legisladores: la reforma agraria, los planes de industrialización, la reforma tributaria, la seguridad social, los planes de vivienda, la racionalización de la inmigración, la nacionalización de algunos recursos y servicios, la conquista de la selva y en general, el sistema de economía semidirigida (con estímulo a la iniciativa pri-

vada) y la honestidad administrativa. En materia de petróleo AD ha evolucionado con menor consistencia, aunque inspirado por la directiva de Betancourt, "sembrar el petróleo", que significa canalizar los recursos obtenidos por el país de esa fuente hacia el fomento de la producción moderna. La primera tesis del partido fue nacionalizar la industria de hidrocarburos; mas apenas conquistó el poder en las elecciones de 1948, las compañías temieron la aplicación inminente de tal política y coludiéndose con los militares, derrocaron a Rómulo Gallegos y asentaron durante diez años la dictadura perezjimenista, obsecuente servidora de los intereses extranjeros. Esta experiencia pesa mucho sobre la política del partido ahora que ha vuelto al gobierno; su fórmula transaccional es reajustar la proporción de regalías e impuestos, con lo cual el fisco percibe el 69 % de la extracción, y organizar la gran empresa nacional (semejante a PEMEX o PETROBRAS) que asumirá la operación de la industria tan pronto caduquen las concesiones extranjeras (las principales terminan entre 1961 y 1970).



AD ha atravesado en los últimos tiempos por serias crisis. La mayor fue la rebelión de un nutrido grupo de jóvenes, casi todos universitarios y de la clase media, que reclamaban un desplazamiento programático y táctico hacia la izquierda, mayor rigor nacionalista en las relaciones con Estados Unidos, apoyo abierto a la revolución de Cuba y una participación directa en los comités ejecutivos. Estos sectores se consideraban con derecho a imponer sus puntos de vista por haber conquistado significación en la heroica resistencia contra la dictadura, durante la cual asumieron posiciones de responsabilidad a falta de casi todos los líderes maduros, que estaban exiliados. Los viejos cuadros ejecutivos, que son fuertemente endógamos y poco flexibles hacia las sugerencias externas, lograron mantener la disciplina varias veces y convencer a los disidentes de los límites que trazan al partido la coalición de gobierno y la presión internacional; mas por fin se produjo el rompimiento: el grupo (que resultó ser de unas 10,000 personas) fue expulsado y bajo la jefatura de Domingo Alberto Rangel, perio-

dista y diputado, constituyó una nueva organización política bajo el nombre de Movimiento Revolucionario de Izquierda.

El sistema de coalición de partidos en el gobierno fue iniciado en Colombia hace pocos años para zanjar el impasse entre liberales y conservadores (que como se sabe, se diferencian poco en ese país). El compromiso implica que la presidencia de la república se turne de uno a otro grupo durante cierto tiempo, con lo cual las posibilidades de cualquier partido nuevo quedan prácticamente anuladas; éste es el caso de una agrupación de izquierda moderada que bajo la jefatura de Alfonso López, hijo del expresidente liberal, rechaza a los partidos históricos y está en proceso de sobrepasar su fuerza numérica.

En Venezuela la coalición no tiene el mismo origen ni el mismo significado. Se reduce a una distribución tripartita entre dos partidos de izquierda, AD y URD, y uno de derechas, COPEI. La presidencia corresponde al candidato electo por el partido mayoritario; pero las grandes líneas de la política se someten a la

aprobación de los tres grupos, con la consiguiente moderación de la izquierda y el esfuerzo de la derecha por refrendar proyectos más avanzados que su programa. Sorprendentemente, la coalición se ha mantenido; una de sus consecuencias es la exclusión del partido comunista, hoy núcleo de la oposición de izquierda con la bandera del nacionalismo a ultranza y del apoyo a la revolución cubana. La otra es el aplastamiento de la reacción desde que el único partido de derechas, COPEI, suscribe todos los avances reformistas; la fracción que acaba de segregarse para fundar una agrupación con el anticomunismo como programa, no ha tenido acrecimiento alguno.

Pero la coalición conlleva otros riesgos de más lento desarrollo y más profundos efectos, si se admite que las supeditaciones de la economía y las deformidades de la estructura social sólo puede corregirlas una izquierda cohesionada y definida con firmeza, afectando gigantescos privilegios nacionales y extranjeros. Por lo pronto, tiende a emplazar al gobierno y particularmente a AD en el centro del panorama



político, forzándolo a la moderación evolutiva y a la búsqueda del equilibrio en mengua de la impostergable elevación socioeconómica de las masas que constituyen el 85 % de su membresía. Se atribuye a Betancourt en lo personal, la procura de un entendimiento innecesariamente excesivo con los Estados Unidos, vale decir el abandono de la posición a la que su partido debe una buena parte del respaldo que ha gozado. La crítica proviene de los comunistas, desde luego, de las juventudes universitarias y hasta cierto punto de URD, que según los síntomas trata de colocarse de nuevo al centro de la coalición de izquierda extrema que disputa a AD el triunfo en las elecciones nacionales de 1964.

Lo que ocurre y lo que no ocurre en Venezuela sólo puede comprenderse teniendo en cuenta tres factores: el 85 % de la economía nacional depende del petróleo, que está en manos de concesionarios extranjeros; en el territorio, de más de un millón de kilómetros cuadrados, sólo viven seis millones de habitantes, en su mayoría concentrados en las ciudades y

renuentes a desplazarse al campo para trabajar-lo, y por último, el ejército es, comparativamente, uno de los más poderosos de Iberoamérica, y siempre se ha aliado con la reacción interna y con los intereses norteamericanos para arrojar del gobierno a los regímenes democráticos que pretenden cambiar la situación.

La vida política venezolana es extraordinariamente activa y generalizada. La libertad reinante permite que la ciudadanía pueda sopesar las ideas y los hombres que las expresan; pero a la vez, que las manifestaciones políticas alcancen un grado de agresividad que constantemente amenaza el orden constitucional. Todos los partidos venezolanos son modelos de organización, honestidad y dinamismo y salvo los grupos reaccionarios, concuerdan en la determinación de salvaguardar el régimen democrático aun sacrificando parte de sus anhelos propios; éste es el único aval contra el cuartelazo y el asedio exterior procedente de la dictadura dominicana.

Convertir una economía ficticia de consumo suntuario en una economía normal cuyos pivo-

tes sean diversificar y aumentar la producción y distribuir mejor el ingreso, no es fácil y a menudo pone en conflicto la planificación con la línea política. La obra requiere varios períodos de gobierno; se está llevando a cabo, pero su continuación depende de que todas las clases productivas sientan los beneficios y se mantengan firmes como fuerza electoral y como unidad en potencia contra las intervenciones y las asonadas.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Mientras estaba en prensa este trabajo, el partido URD se separó del gobierno y la lucha entre éste y la izquierda llega a su clímax.



#### IV. EL MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO, DE BOLIVIA

Para Bolivia, la guerra del Chaco (1932-35) sólo fue una derrota en el orden militar; en otros sentidos sacudió saludablemente al país entero de un letargo cuatro veces centenario. Hombres de diversas extracciones se pusieron en contacto durante las treguas de las batallas; campesinos y obreros aprendieron a manejar armas, y jóvenes intelectuales y de la oficialidad vieron claro que dos pueblos se estaban matando por defender el uno los intereses de la Standard Oil y el otro los de la Royal Dutch-Shell, los mamuts petroleros del mundo. Se estableció una línea inevitable de secuencia entre la corrupción de las clases superiores, la incapacidad del ejército para seguir defendiéndolas, la inferioridad del Estado frente a los tres estañeros (Patiño, Hostchild y Aramayo) y la condición feudal de la que medraba la "ros-

ca" reaccionaria sin ceder paso a las nuevas clases medias.

Los primeros que empezaron a corporizar el ansia de transformación fueron lógicamente los grupos más ilustrados. El general David Toro, presidente salido de la guerra, previó las voracidades futuras nacionalizando el petróleo en 1936 —dos años antes que México. Su sucesor, Germán Busch, se atrevió a más y afectó con una ley los derechos hasta entonces irrestrictos de los barones del estaño. El camino de la liberación nacional estaba señalado.

En 1941 se fundan los dos primeros partidos de izquierda: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y el Partido Izquierdista Revolucionario (PIR). Éste, sin ambages, se declara marxista y hace un planteamiento general, pero bastante sólido, de la situación boliviana y del tipo de acción de clase obrera que hace falta para remediarla; aunque sus fundadores eran intelectuales de la clase media como José Antonio Arze, Ricardo Anaya y Arturo Urquidi, mostraban sensibilidad social y conocimientos económicos raros en el medio.

El MNR no se configura en puridad entonces ni a lo largo del azoroso quinquenio que sigue, como un partido político sino como un equipo de profesionales y periodistas coincidentes en aspiraciones democráticas y frontalmente avocados a combatir la corrupción y la tiranía. Figuraban en el grupo algunos de los mejores hombres de letras del país, como Carlos Montenegro y Augusto Céspedes; abogados de firme vocación política como Hernán Siles Suazo y Víctor Paz Estenssoro; recios polemistas con buena información económica como el abogado Walter Guevara, y miembros de la pequeña burguesía como Armando Arce, más tarde fundador y director del diario "La Calle", que en choque contra los órganos de prensa de los estañeros y contra sus gobiernos, contribuye a la formación de la conciencia revolucionaria.

En 1943 sube violentamente a la presidencia Gualberto Villarroél, apoyado por las juventudes militares y civiles del Chaco. El MNR obtiene tres carteras y varias curules en la Cámara, desde la cual se afirma el liderato de Siles Suazo y particularmente de Paz Estenssoro. El

equipo del MNR induce al gobierno a emitir leyes laborales y de seguridad social, y disposiciones que tienden a afirmar la superioridad del Estado frente a la oligarquía minera. Los trabajadores se organizan en una central que a través de su líder, Juan Lechín, empieza a vincularse con el MNR. En la oposición, el PIR deriva paulatinamente hacia la línea comunista y cuenta con los ferrocarrileros y con los gremios artesanales de las ciudades. El instrumento político de la reacción es Falange Socialista Boliviana, fundada en Chile en 1938 como una proyección americana del franquismo triunfante.

Militar al fin, Villaroél cede a la presión de su casta —ya acordada con la “rosca”— y se opone hasta tal punto a la política progresista en marcha, que el MNR se retira del gobierno. Pocos meses después, turbas instigadas por el PIR y los saldos de los partidos tradicionales, cuelgan a Villaroél de un arbotante en La Paz, mientras el ejército permanece maliciosamente acuartelado.

Desde ese año de 1946, gobiernos efímeros



persiguen furiosamente al MNR y tratan de desintegrar a sus ramas obreras, con lo cual fortalecen la resistencia y la transforman en unidad con metas cada vez más revolucionarias. Por ese entonces, Perón trazaba su red de influencia entre sus vecinos, y en un doble juego mantenía contactos con los líderes movimientistas exiliados en Buenos Aires y con la embajada boliviana ante su gobierno. El levantamiento armado de 1949 se hizo con su ayuda; pero fue sofocado.

El PIR canjeó los favores de diversos gobiernos por una campaña para ganarle al MNR las masas obreras. No pocos de sus líderes eran honestos, y asqueados de la trayectoria vacilante del partido, plantean y obtienen su disolución en 1950. La mayoría de los elementos de base y algunos intelectuales se incorporan a las filas del MNR; los grupos más jóvenes —casi todos de la pequeña burguesía— forman el partido comunista.

En 1951 el MNR ya era una poderosa organización y en lucha contra el oficialismo, fue a las elecciones y obtuvo el triunfo para su can-

didato y jefe, Paz Estenssoro, a quien ni siquiera se permitía volver al país. Los militares dan un cuartelazo; pero ya no duran en el poder: el 9 de abril del año siguiente estalla el levantamiento general. Después de acabar con el ejército, una milicia popular de obreros y clases medias instala a Paz Estenssoro en la presidencia, haciendo valederas las elecciones del año anterior, y comienza la revolución boliviana.

Bruscamente, salta la realidad desnuda de la nación. Apenas tres millones de habitantes viven en su enorme superficie de 1.098,581 Km. La tercera parte son indios; las tres cuartas partes no saben leer; la silicosis, la tuberculosis y la desnutrición figuran con triste honra junto a las más altas del mundo; el 70 % del territorio está al Oriente de la cordillera y es selva inexplorada; casi la quinta parte es puna árida donde la gente se embrutece con coca y come tierra oleaginosa a falta de otros alimentos. Los pocos servicios públicos son extranjeros; nada se produce, salvo el estaño, que se exporta en bruto y deja fuera la utilidad a tres familias;

no hay capital, no hay ahorro alguno; el 70 % de la tierra cultivable está acaparada por el 1 % de la población y los indios se arrodillan para hablar al puñado de amos. Una raquítica industria vende a precios fabulosos y todo lo demás se importa. La ley de la evolución desigual y del desarrollo combinado, que funciona típicamente en los países feudos-colonias, configura las condiciones económicas y sociales. Decrépita, inconciente de que toda riqueza asentada sobre la miseria y el odio generales es débil, sin ejército con qué defenderse ni políticos a quienes sobornar, la oligarquía queda a merced de la destrucción; y la destrucción adviene eléctricamente, como primer paso indispensable para la edificación de la nacionalidad.

En 1952 el gobierno nacionaliza las minas; sigue una profunda reforma agraria que elimina el latifundio, la servidumbre y otorga la tierra en propiedad privada, colectividades y cooperativas, según la configuración socioeconómica del lugar. Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos controla toda la industria de hidrocarburos como patrimonio nacional y ha

hecho pasar a Bolivia de importador a exportador; hay que advertir, sin embargo, que desde 1955 también se otorgaron concesiones a empresas norteamericanas y británicas, que por cierto aún no comienzan a explotar petróleo. Lo social no queda a la zaga; seguridades y tutelajes se extienden a los trabajadores, a quienes se da rifles para que defiendan sus conquistas. Una confederación, la Central Obrera Boliviana (COB), agrupa al proletariado urbano y a buena parte del rural. Con retraso, pero ya alertados e interesados en el desarrollo revolucionario, los campesinos se suman en crecientes números al movimiento.

El MNR es el gobierno y a la vez el instrumento político de la revolución. Se organiza con un jefe nacional, un comité central de 14 miembros electos por dos años, un cuerpo de secretarías, comandos departamentales y especiales (en los centros mineros). Los comités ejecutivos se integran combinando la iniciativa de las bases con la fiscalización del alto mando. Cada unidad —incluso los sindicatos— tiene dos o tres votos en las elecciones generales. Los

requisitos de ingreso se han ido rigORIZANDO a medida que los oportunistas afluyen al partido para no permanecer al margen del carro oficial. Por otra parte, la dirigencia es bastante cerrada y los militantes sólo ascienden después de hacer muchos méritos.

Para comprender el proceso de la revolución boliviana hay que tomar muy en cuenta la composición clasista del MNR. De un lado está la clase media, con sus intelectuales como líderes, diversificados por matices ideológicos y dueños de una conciencia crítica de los problemas y de las soluciones globales. Por la otra, la COB, pivotada por las 112,000 mineros, con un vasto sector campesino cuyo desarrollo e intereses son distintos a los del obrerismo. Aun los dirigentes doctrinarios más evolucionados de la COB se caracterizan por una conciencia de clase casi siempre antepuesta a la estrategia y a la táctica condicionadas al interés nacional. Tal dicotomía constituye a la vez la fuerza y la debilidad del frente de clases explotadas, hasta hoy soldado por las necesidades de defensa común y ciertos principios ideológicos, pero sobre todo

por la voluntad cohesiva de líderes como Paz Estenssoro y Siles Suazo. Otros dirigentes de primera línea como Ñuflo Chávez Ortiz (líder de los campesinos) o Juan Lechín (líder de los mineros), están demasiado comprometidos por la ideología y la agresividad que han inculcado a la masa trabajadora, y en varias ocasiones han estado a punto de romper la unidad revolucionaria, planteando demandas inaceptables para la gente responsable del gobierno. Las desmesuradas conquistas obreras han desequilibrado las fuerzas de producción, disminuido el rendimiento por persona y colocado a la economía boliviana al borde de la bancarrota. Hoy, después de ocho años de revolución, se comprende mejor que la sociedad ha saltado etapas y que la situación de una clase trabajadora donde no hay industria, medios mecánicos y crediticios para la modernización de la agricultura, ni técnicos en suficiente número, no puede ser firme. Este año, al tomar nuevamente posesión de la presidencia de la república con el 80 % de los votos vertidos, Paz Estenssoro pronunció un discurso puntualizando discretamente estos pro-

blemas y reclamando el inicio de la etapa seriamente constructiva de la revolución. Subrayó la necesidad de que se acreciente la tolerancia democrática, la convivencia de las clases, el estímulo a la inversión privada y la sujeción de los intereses de grupo al interés general. El discurso se cierra con una frase de apaciguamiento para la iglesia católica, una declaración favorable al mercado común iberoamericano y un reconocimiento taxativo de la necesidad de guardar relaciones amistosas con los Estados Unidos, que hasta ahora han financiado con préstamos casi todas las obras emprendidas por el gobierno. En congruencia con esta definición ponderada que arranca de la realidad económica de su país, Paz Estenssoro integró un gabinete eminentemente técnico, muy distinto de los anteriores, donde figuraban tres y hasta cuatro líderes obreros necesarios en la fase de consolidación de fuerzas masivas, pero inadecuados para estructurar la economía nacional, por revolucionaria que sea la meta de cualquiera planificación.

Existen las diferencias que señalamos, entre

el campesinado y los obreros, y aun dentro de cada sector con motivo de los privilegios de ciertos grupos; pero las más visibles o por lo menos las que se presentan en los planos teórico y táctico a la vez, son las de la clase media que tipifica al núcleo propiamente político del partido. José Cuadros Quiroga y Walter Guevara son los personeros del ala moderada; después de una seria de discrepancias internas, Guevara fundó el Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico, que arrastró a la cuarta parte de los obreros, el décimo de los campesinos y el tercio de la clase media del partido, y que con el 60 % de los independientes obtuvo para su jefe 180,000 del millón largo de sufragios válidos en las elecciones presidenciales de 1960. Fue indispensable que el propio Paz Estenssoro lanzase su candidatura para que no cundiera el divisionismo.

Al centro está Federico Álvarez Plata, exvicepresidente de la república, y a la izquierda se destaca la figura turbulenta de Lechín, líder minero influenciado por marxistas trotskizantes de la talla de Ernesto Ayala Mercado (ac-



tual presidente del organismo legislativo). La depresión económica es tan seria que se espera que como vicepresidente en la planilla de Paz Estenssoro, Lechín use su ascendiente para encauzar a los sindicatos en una sólida política de recuperación.

No es fácil decir concretamente cuál es el programa del MNR; parece deducirse más bien de la acción, de los sucesivos planes de gobierno y de los textos de sus ideólogos; en este último sentido, los principios varían según la ubicación de quien los enuncia. Pese a la gama de matices, se identifica como sello común la metodología dialéctica y el objetivo revolucionario, con tintes profundamente nacionalistas derivados de la adversa relación de fuerzas que confronta el movimiento en su tiempo y su espacio. Con estas advertencias, el programa del MNR puede sintetizarse así:

a) Destrucción de las relaciones feudales de producción liquidando el latifundio y la servidumbre, proporcionando tierra labrantía a los campesinos desposeídos, asimilando técnicas capitalistas de producción agrícola y fomentando

la propiedad cooperativa y la colectiva por medio de la reforma agraria;

b) Consecución de la independencia económica del país a través del dominio nacional sobre las fuentes de materias primas y el desarrollo de la producción fabril diversificada;

c) Desarrollo del mercado interno a través de la elevación del nivel de vida de las grandes mayorías y de la conjugación de los esfuerzos e intereses de todas las clases productivas y progresistas;

d) Fomento y diversificación del mercado externo, principalmente a través de la unidad iberoamericana;

e) Incorporación de las grandes mayorías a la vida institucional y política por medio del voto universal;

f) Sosténimiento de un régimen de derecho que permita la libre acción de clases y partidos diversos, en la inteligencia de que el MNR encarna la revolución y debe mantenerse en el gobierno como expresión genuina de los trabajadores y de la clase media pobre;

g) Lucha contra el imperialismo, en su con-

cepto de coadyuvante de la oligarquía local y de las fuerzas regresivas en general.

Las masas bolivianas están muy lejos de haber asimilado una ideología tan alzada sobre la realidad socioeconómica del país; por otra parte, el MNR como unidad, es el partido de Iberoamérica que más tesoneramente busca una teoría revolucionaria propia y en ello intervienen desde estadistas con criterios prácticos para la solución de la problemática económica hasta trotskistas únicamente interesados en la estructuración doctrinaria; desde líderes demagógicos de grupo hasta conductores subjetivamente adecuados para la organización de grandes masas. De la conjugación de todos estos factores resulta naturalmente una serie de contradicciones internas del partido y de desajustes entre su dinámica y la realidad boliviana. Los comunistas tratan por todos los medios de copar la dirigencia del partido a través de los líderes obreros a quienes como Lechín, consideran más próximos a su línea; los falangistas, por su parte, buscan la aproximación a la pequeña burguesía a través del sector de Guevara.

Hasta hoy, sin embargo, el MNR parece afirmado en su personalidad propia y plenamente responsabilizado con su papel de partido marxista que en un ámbito nacional, realiza desde el gobierno, con todos sus límites y retrocesos, una de las más profundas revoluciones integrales del continente.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> No precisa repetir a lo largo de esta obra que las generalizaciones de tipo semejante excluyen a la revolución cubana, por las razones que se dan en varios párrafos.

## V. LOS PARTIDOS COMUNISTAS

Sólo muy esporádicamente y con escasa proyección social aparece la ideología marxista en pronunciamientos de grupos políticos anteriores a la primera guerra mundial (v. g.: programas del socialismo argentino, manifiesto del partido liberal de los Flores Magón y compañeros en México, etc.). Los partidos comunistas empiezan a actuar hacia 1920 como reducidos núcleos de teóricos, compuestos por estudiantes universitarios, maestros y uno que otro artesano u obreros calificado de aficiones intelectuales. Como ya vimos, la misma procedencia tiene buena parte de los otros grupos de izquierda; pero pronto toman camino propio y desvinculado de las Internacionales.

Un tinte subrepticio, romántico y por completo desvinculado de la realidad inmediata caracteriza a estas primeras células, cuyos planteamientos estaban calcados sobre los teóricos

de la revolución rusa y se referían a la lucha de clases en países capitalistas con extenso proletariado urbano. El peruano José Carlos Mariátegui fue acaso el primer marxista que como parte de cualquier programa revolucionario en Iberoamérica reclamó la superación del atraso rural y de las relaciones de producción semi-feudales en que vivía el campesinado —los indios, sobre todo. Como veremos, estos atisbos tardan en incorporarse a la estrategia y a la táctica de los partidos comunistas.

El marxismo no está ausente de las reformas universitarias que se desarrollan en cadena desde el movimiento ocurrido en Argentina en 1919. Las Universidades Populares fueron el medio de relación directa entre los estudiantes y los obreros, y de uno y otro grupo proceden varios líderes políticos y sindicales que más tarde jefaturaron los movimientos comunistas.

La escisión entre Trotski y la línea marxista-stalinista repercutió en los incipientes núcleos matrices del partido. Los intelectuales mejor formados se hicieron trotskistas o se decepcionaron del marxismo. En todo caso, nunca han

trascendido en la vida política iberoamericana y sólo se les encuentra, a lo largo de las últimas décadas, haciendo exposiciones teóricas que no se llevan a la acción; de modo excepcional, como dentro de la revolución boliviana, llegan a agruparse y a imprimir algún sesgo a la política militante.

Durante la depresión mundial 1930-38 los comunistas entran en gran actividad. Militando siempre en forma clandestina, se infiltran en las organizaciones obreras y establecen los primeros contactos con los campesinos asalariados. Varios de sus líderes van a la Unión Soviética y se adiestran como teorizantes y organizadores de masas; la URSS a su vez, envía expertos que prestan eficaz ayuda en la estructuración del partido.

Hacia 1933 los comunistas comienzan una gran ofensiva; su participación se nota en la terminología de manifiestos sindicales y de algunos grupos políticos. Por las condiciones internas, la campaña adelanta en Chile, Cuba, Brasil y México. El partido responsabiliza al capitalismo y especialmente a los Estados Uni-

dos de la miseria general y el colapso de la economía en el mundo, y augura el inminente triunfo soviético. Por un gravísimo error emanado precisamente de la ignorancia del medio y del defectuoso enfoque de la situación mundial, instigó en 1933 a los campesinos y a sectores obreros de El Salvador a tomar el poder por la fuerza; los finqueros armados y el ejército realizaron entonces una matanza de 14,000 personas en menos de una semana. Tales sucesos marcaron el punto de regresión en la marcha del partido.

El nacistascismo progresaba a pasos agigantados en Europa; Alemania y Japón disputaban con éxito el mercado iberoamericano a los Estados Unidos y éstos toleraban en cierta forma las actividades comunistas por lo que tenían de antinacis. Pero al darse cuenta de que sus intereses peligraban más profundamente con su alianza que con su enemistad, fortalecieron regímenes derechistas y dictaduras, aun cuando fuesen obvias sus vinculaciones con el Eje. Descadenose entonces una sistemática persecución contra el partido y muchos de sus líderes



emprendieron el camino del exilio, en su mayoría hacia México, donde el régimen del general Cárdenas simpatizaba con todos los movimientos de izquierda.

A la inmersión del liderazgo comunista en el ambiente revolucionario de México se debe seguramente su toma de conciencia de la realidad iberoamericana. Los planteamientos del PC ganaron en realismo: por primera vez hablaron de frente de clases oprimidas, que comprendía no sólo al proletariado sino a la clase media; el énfasis de la lucha económica se puso en la superación de la etapa semifeudal que era común a la región iberoamericana, en la industrialización y en el desarrollo de nuevas fuentes de trabajo; se vio claro que la base del atraso estaba en el campo, necesitado de una reforma fundamental (aunque el PC nunca ha sido específico sobre el tipo de reforma agraria que propugna) y de la organización de sus trabajadores para el logro de sus conquistas. Los exiliados republicanos españoles también abrieron a los comunistas iberoamericanos otras perspectivas: colaborar con otros partidos revolu-

cionarios por objetivos comunes y con todas las fuerzas nacionales (incluyendo el capital o los militares) para derrocar al nacistascismo.

El pacto Stalin-von Ribbentrop conmocionó a los medios izquierdistas del hemisferio. Muchos que simpatizaban con el comunismo por la inspiración ética que encarnaban sus finalidades universalistas y sus prédicas a favor de la liberación de los pueblos, le dieron la espalda para siempre. Los más desasosegados fueron las juventudes universitarias y los intelectuales, esferas de donde habían salido hasta entonces muchos dirigentes del PC. Todas estas diferencias fueron separando radicalmente al partido de las demás organizaciones de izquierda, hasta hacer imposible cualquier frente popular o de unificación nacional revolucionaria; entre los dos sectores empezó una lucha progresivamente enconada, por cierto en perjuicio del PC.

La segunda guerra mundial dio nueva ocasión al PC de recuperar algunos de sus perdidos estadios. Trabajando dentro de las organizaciones "democráticas" se hizo inobjetable y procuró adueñarse de la jefatura de los movi-

mientos obreros y de los partidos; su tesis central fue postergar todas las luchas sociales y económicas internas en aras de la batalla contra el fascismo. Desde México, influyentes líderes como el Lic. Vicente Lombardo Toledano lanzaron la consigna de “rodear a los tiranos” por lo que tenían de coadyuvantes de la causa aliada.

Como explicamos atrás, esta posición enfrentó de lleno a los comunistas con los pueblos iberoamericanos, ya empeñados en ganar su libertad política como premisa de conquistas más amplias. Así se explica que en las revueltas que derrocaron a muchas de las dictaduras supérstitas, los comunistas hayan jugado poco o ningún papel, y que posteriormente les haya sido tan difícil colocarse dentro de las fuerzas democráticas que se habían adueñado del poder.

Era evidente que los nuevos regímenes respondían a necesidades y anhelos de todas las clases, excepto la reacción. Los comunistas lo percibieron y lanzaron la fórmula de la “unidad nacional revolucionaria”; hacia 1948, al recrudecerse la guerra fría, la modificaron a “uni-

---

dad nacional democrática" para dar cabida a capitalistas y a otros elementos calificados de "progresistas", o sea aquellos que sentían sus intereses enfrentados a los norteamericanos. La URSS, a todo esto, se limitaba a dar instructivos generales para la lucha antimperialista; por ejemplo la campaña pro paz, que auspició mientras temía que los Estados Unidos consolidasen aliados y los armaran para aplastarla. En realidad, a la URSS le interesaba conservar las causas de la miseria, el atraso y la injusticia, y responsabilizar de ellas a su poderoso rival para fortalecer una conciencia ya no de clase sino de lucha general contra el imperialismo norteamericano. Por otra razón, principalmente, muchos de los más importante partidos izquierdistas, empeñados en cambiar la situación de atraso, se hicieron anticomunistas y el PC perdió a las masas que unos años atrás había empezado a dirigir.

Cuando arreció la campaña anticomunista, el PC tuvo que disolverse en entidades "democráticas", "populares", "pacifistas" y aun en partidos definitivamente nacionalistas de centro

o de izquierda. Las masas se preocupaban por mejorar sus niveles de vida y esto mal podía procurárselos un partido clandestino, minoritario e invariablemente fuera del gobierno. El PC sólo ha gozado de respaldo oficial cuando regímenes tipo frente popular o gobernantes que simpatizan con él lo utilizan para organizar y supeditar políticamente a las masas; por ejemplo en México (época cardenista), Cuba (en la actualidad), Guatemala (época arbencista), Costa Rica (época de Picado) y Chile (época de Aguirre Cerda, principalmente). Los tres obstáculos hasta ahora insalvables para la expansión del partido comunista han sido la falta de un proletariado urbano maduro y numeroso, el temperamento reaccionario de la masa campesina y las características culturales de las sociedades iberoamericanas.

Ante tales barreras y adversidades, no es raro que una organización desarrollada sobre el principio de que el fin justifica los medios haya seguido una trayectoria a veces reñida con el marxismo y a veces oportunista en lo táctico, aliándose con militares, liberales, centristas y

---

hasta conservadores clericales. El equilibrio de poderes entre la URSS y los Estados Unidos le ha dado nuevo empuje y la revolución de Cuba (tras las masacres de Hungría) lo ha colocado en posición de reivindicarse a través de su participación en un movimiento de liberación nacional que tan encendida simpatía despierta en la mayor parte de los sectores mayoritarios e intelectuales.

El PC está reducido en casi todos nuestros países a minorías muy pequeñas, pero disciplinadas y activas. Opera libremente en México, Cuba, Venezuela, Uruguay y Chile; aunque sin reconocimiento legal, cuenta con una fracción del 5 al 8 % del electorado en Brasil, Argentina, Ecuador, Costa Rica, El Salvador y Guatemala. Las únicas partes donde posee alguna masa laborante son Brasil, Chile y Cuba, o sea donde su trayectoria es más consistente y sus líderes respetados. En México, Venezuela, Perú, Bolivia y Argentina, los trabajadores son miembros activos o contingentes potenciales de los partidos mayoritarios: el Partido Revolucionario Institucional, Acción Democrática, el

Partido Aprista Peruano, el Movimiento Nacionalista Revolucionario y el peronismo, respectivamente. Con relación numérica al electorado, el PC reúne su mayor membrecía en Venezuela (estudiantes universitarios, intelectuales, clase media asalariada y algunos núcleos de obreros urbanos) y en Chile.

La campaña anticomunista, en sus verdaderos propósitos, sólo pudo prosperar en medios tan rezagados como los iberoamericanos. A su propaganda puede atribuirse la generalizada idea de que el comunismo es una enorme legión continental, responsable de todas las acciones nacionalistas y antiyanquis. Nada más falso y más pernicioso para los movimientos de izquierda que cada vez en mayor número conquistan el poder; el comunismo es más peligroso para ellos que para la reacción, cuya meta de estatismo coincide, aunque para distintas finalidades, con la que en verdad persigue aquél.

La actuación del partido comunista ha tenido varios aspectos positivos para el progreso político y económicosocial de Iberoamérica:  
a) despertar una actitud crítica para el estudio...

de la realidad y de su perspectiva histórica; *b*) contribuir a que los partidos se vuelvan expresiones de clases e intereses, y a que se libren del verbalismo confuso que heredaban de la época liberal; *c*) hacer más tolerables ante la opinión pública —tan retrasada en materia política— a los otros sectores de la izquierda, y *d*) despertar la conciencia de que las premisas básicas del progreso integral y de la efectiva independencia de nuestros pueblos son la superación del atraso semifeudal y la manumisión del imperialismo extranjero. Sin su acicate, a veces demagógico, pero casi siempre efectivo, los partidos de la izquierda tienden a desplazarse hacia el centro y pierden concisión y agresividad en lo tocante a las reivindicaciones de los sectores populares y a los planteamientos nacionalistas que son necesarios en la etapa actual de nuestro desarrollo.



INTEGRACIONES ACTUALES.  
PANORAMA



## LOS PARTIDOS EN PROCESO. PANORAMA

Grande es en estos momentos la efervescencia política en Iberoamérica, y herencia de la recién finiquitada era liberal que inculcó a estos pueblos una fe desmesurada en las posibilidades de transformación de la economía y las condiciones sociales por la actividad de los partidos y de los cuerpos de leyes. Pero sobre todo, refleja profundas inquietudes intelectuales, acomodo de estratos en el proceso socioeconómico que va del feudalismo al capitalismo, estremecimientos propios de clases que emergen y castas que perecen, y la batalla mundial entre el capitalismo en crisis y el socialismo en ascenso.

Muy poca originalidad se columbra en los planteamientos teóricos; salvo los partidos que hemos analizado, los demás, de izquierda o de derecha, son susceptibles de encuadrarse en es-

quemas bastante simples y estratificados, inclusive en materia de organización.

Como es natural, el grado de definición depende del desarrollo en cada país; la gama va desde Chile, cuya vida política es sin lugar a dudas la más avanzada del continente, hasta la República Dominicana, donde no existe más partido que la maquinaria burocrática del dictador. Las consideraciones que haré excluyen esos extremos y algunos otros universos: Paraguay, por ser una dictadura semejante a la dominicana y porque allí se da el extraño caso de que casi la mitad de la población vive permanentemente en el exilio; Nicaragua, porque apenas empieza a salir de una tiranía total de 30 años y los grupos políticos de oposición aún no pueden considerarse como partidos, y Cuba, por hallarse en una fase de su revolución que excluye la vida política institucional.

\* \* \*

Los partidos de izquierda se asemejan a uno u otro de los que ya analizamos. A veces combinan sus principios ideológicos y casi siempre

ponen énfasis en uno de ellos, según que el problema fundamental de la localidad sea la reforma agraria, la industrialización, las conquistas laborales o el imperialismo.

Ninguno de estos principios está suficientemente decantado. Se persigue el mejor reparto de la tierra, la modernización de los cultivos, la elevación de los salarios, el incremento al crédito rural y el buen mercadeo en beneficio de los productores; pero hay gran variedad de criterios sobre los tipos de propiedad aconsejables (privada, colectiva o cooperativa), la definición del latifundio afectable (extensión inculta, exceso de tierra en una sola mano, fincas trabajadas por métodos subcapitalistas), fomento del trabajador asalariado o del propietario o poseedor de pequeña propiedad, crédito directo y libre o crédito supervisado, venta de las cosechas por medio de entidades gubernamentales o de cooperativas de productores. El clamor por la industrialización es unánime y bastante irracional; hay divergencias sobre el género de propiedad de las fábricas (colectivizadas, cooperativizadas, estatizadas o en poder del capita-

---

lista); unos abogan por financiarlas a través del Estado, otros con recursos locales y otros con recursos extranjeros; de las capas populares parte la idea de conquistar salarios y prestaciones crecientes, sin condicionarlos a las posibilidades de las empresas, y de los sectores de clase media, la política ampliamente proteccionista para el empresario, muchas veces en perjuicio de los obreros. Unos creen que debe levantarse de preferencia le economía urbana y otros, que la economía rural. La posición frente al imperialismo es la más unificada desde el punto de vista sentimental, pero la menos definida desde el punto de vista práctico; para elementos extremistas llega a oscurecer la lucha de clases y prepondera sobre todos los problemas internos; para unos se canaliza en hostigamiento discursivo, deliberadamente ajeno a los hechos con el fin de no eliminar del medio a las empresas norteamericanas que causan el resquemor y por ende, la conciencia de lucha contra los Estados Unidos; para otros no está claro si la ayuda técnica, los préstamos y las compras que hacen los norteamericanos son actos de im-

perialismo o simples fenómenos propios del sistema capitalista; y casi todos no ofrecen alternativa ante el supuesto de un rompimiento extremo con la órbita económica de los Estados Unidos.

Los teóricos de la izquierda son de segunda categoría, a lo sumo, y unos por hedonismo y otros por dependencia ortodoxa, aún no logran dar contenido doctrinario a sus programas. Estos factores subjetivos y el cúmulo de conocidos factores objetivos del medio social iberoamericano, tienen sumida a la izquierda en una crisis aún más aguda que la señalada por Wright Mills con respecto a la izquierda europea. El ámbito de esta crisis ya fue delineado por Trotski: en las condiciones de declinación mundial del capitalismo, la revolución es socialista en los países industrializados y metropolitanos, y simultáneamente burguesa y socialista en los países supeditados y semicoloniales, mas nunca únicamente burguesa o pequeñoburguesa; este cimientto clasista es la clave para explicar casi todas las causas del desconcierto. El proceso social no se ajusta a esquemas preconcebidos ni

a arrogantes supremacías de partidos: éstos son *instrumentos y resultantes* del proceso y participan de todas sus contradicciones, por claros que parezcan los contornos de sus componentes humanos. Ningún partido se sustrae a la deformación propia del país dependiente al enfocar la realidad social; por eso es que la gran porción de la izquierda oscila entre la desorientación y el escepticismo, la indignación y la cólera, el conformismo y la total subordinación de su responsabilidad interna al plano internacional, lo que equivale al escapismo.

Los partidos iberoamericanos son pluriclasistas y más señaladamente los de izquierda, cuyos teorizantes salen de manera invariable de la clase media, todavía más agobiada de contradicciones que el embrionario proletariado urbano y un campesinado con características de épocas muy anteriores al capitalismo. La clase media no se reconoce como tal, con sinceridad y modestia de su papel dentro de la lucha; ello profundiza el abismo que la separa de los trabajadores, por su tipo de alienación tan diverso en el proceso social contemporáneo. Pero el



liderazgo de clase media no es estéril, y sobre todo es el único que existe por ahora, máxime si se considera que dado el rebajamiento de las masas, los líderes que emanan de sus filas pertenecen a jerarquías de cuello blanco y pronto adoptan los esquemas mentales de aquel estrato.

Dos actitudes caracterizan a la izquierda de clase media: el superizquierdismo impenetrable para las masas, con tendencia a elevarse demasiado sobre la realidad, y la proclividad a resolver los problemas socioeconómicos sin modificar las estructuras fundamentales. La primera conduce fatalmente a la pérdida de la clase trabajadora y a una especie de tremendismo irracional que se supedita al hecho extranjero: la revolución china, la batalla entre la URSS y los Estados Unidos y últimamente, la revolución de Cuba; su fórmula para llegar al poder es, a largo plazo, la victoria mundial del comunismo contra el capitalismo, y a corto plazo, la subversión o el castrismo. Sus grupos de convicciones revolucionarias más firmes tratan de destruir a la izquierda activa y operante,

y ante la imposibilidad de lograrlo —porque en realidad están fuera del proceso revolucionario— poco a poco se desenajenan de sus responsabilidades, se amargan y se aíslan. En ellos persiste, mientras conservan espíritu combativo, el prurito de la rectificación y una vuelta al pasado similar a la de los tradicionalistas; en efecto: añoran como positivas para la causa popular circunstancias ya consumadas y por lo tanto, libres de acción y de reacción.

La segunda actitud de la izquierda de clase media es la más autodestructora y frecuente de las debilidades de la izquierda. Una larga experiencia de fracasos golpistas y de tentativas revolucionarias la amolda a la acción institucional y a la conquista del poder por medio de las elecciones; en esta ansia obsesiva va suavizando sus programas para hacerlos aceptables a quienes considera árbitros de la vida política, y señaladamente al ejército. Hasta las fuerzas de extrema izquierda evaden meticulosamente ser tomadas por comunistas y se autonomban “democráticas”, “progresistas” o a lo sumo “populares”. Cuando la clase media

izquierdista llega al poder (sin antes destruir al ejército, como es el caso invariable), el eje de su política es la conservación; esto la conduce a buscar el apoyo no de las masas, a través del reformismo o de la revolución, sino de los militares a través del soborno, o del ala reaccionaria. Genéricamente, a este desplazamiento se le denomina, desde la revolución francesa, termidor. Los "advenedizos" tratan de racionalizar su viraje logrando para los trabajadores mejoras paternalistas concedidas como mal menor por las clases altas —que finalmente acaban por absorber a aquéllos—, y proclamando que el imperativo de las fuerzas revolucionarias es la unidad nacional para llegar a la democracia burguesa. A lo largo de esta dialéctica se enredan en consideraciones sobre la coincidencia de intereses entre la burguesía industrial y el proletariado, en oposición a los reaccionarios feudales y al imperialismo. En ninguna parte de América ha sido esta alianza posible o al menos provechosa para la izquierda, porque no puede funcionar un partido donde figuran el patrono y el obrero, sino a

costa de que éste abdique de la acción sindical; por otra parte, la derecha sabe reconocer a sus enemigos mucho mejor que la izquierda y mal puede colaborar en un juego cuya meta —si es sinceramente revolucionaria— es su destrucción. De la clase media para arriba, los únicos simpatizantes genuinos de la izquierda, y en particular del partido comunista, suelen ser idealistas hijos de millonarios, subconscientes de que la magnitud de su poder los excluye de una inmediata liquidación. Sólo entre los pseudointelectuales bien caracterizados como miembros o dependientes totales de la clase alta se escucha la frase “soy de izquierda... moderada”, con lo cual se implica el ejercicio de una posición ética que limpia la conciencia y exime de la responsabilidad de cambiar los orígenes de la iniquidad y del atraso.

La emergencia de la clase trabajadora, o por mejor decir de su noción clara de serlo, influye negativamente en los planteamientos revolucionarios de la izquierda. Casi todos estos partidos activan una propaganda y una táctica para despertar esa conciencia; pero muy pocos

están confrontando el estudio de las realidades nacionales y la planificación de una política con base profundamente doctrinaria, porque eso demanda un conocimiento histórico y crítico de la globalidad del país, que forzosamente debe conjugar los intereses de las diversas clases interesadas en su transformación. Predomina en la táctica un agudo sentido de lo inmediato, porque las masas no están capacitadas para comprender que no siempre se las sirve mejor con dádivas o concesiones momentáneas, y el liderazgo no se atreve a perderlas electoralmente ofreciéndoles proyectos de integración y de desarrollo a largo plazo; para rematar esta presión de los hechos, las necesidades de las clases bajas son tan apremiantes que no permiten diferimiento alguno sino a riesgo de violentos estallidos de multitudes que arrollan todos los obstáculos.

El marxismo nacionalista es una de las tendencias más interesantes de la izquierda iberoamericana, y la perseguida por el comunismo oficial y por la reacción interna y externa con mayor encono. Este marxismo es eminentemen-

te dinámico, y se aplica sólo como método y no como ortodoxia que preconcebe esquemas fatalistas para el proceso social, al conocimiento de la realidad, al enriquecimiento de la doctrina marxista con el análisis de factores que no se conocían cuando Lenin remozó la dialéctica, y a la ejecución *práctica* de la teoría revolucionaria. Su enfoque nacionalista procura el progreso de la sociedad dentro de los límites geopolíticos (a diferencia del trotskismo, que nunca ha abdicado de su posición ratificatoria de la revolución mundial) y coordina con fines estructurales la superación de las etapas atrasadas *en cada clase*. Reconoce que ningún país iberoamericano posee recursos naturales y humanos suficientes y preparados para saltar etapas, máxime si se considera su ubicación dentro de la órbita del más poderoso imperialismo que ha existido en la tierra. Mas dicho nacionalismo no concibe a cada país como entidad aislada del mundo ni como sistema de defensa de la clase superior, por más cerca que se halle ésta del industrialismo capitalista a la moderna, sino como sujeto de una actitud colectiva de inte-

gración a la comunidad donde coexisten todos los demás países. En mayor o menor grado, el marxismo nacionalista está influenciado por la política del bloque llamado neutral y se comienza a perfilar como rasgo común a los partidos más serios de la izquierda.

Casi todos los partidos izquierdistas están contra los comunistas, o en todo caso repelen cualquiera colaboración con ellos. Este no es un congresamiento con las derechas sino la asimilación de una experiencia negativa de frentes populares y de movimientos revolucionarios que hasta han conquistado el poder, mas fracasan por la inexperiencia, la táctica o la incapacidad del grupo comunista que llega a coparlos en competencia con un liderato tímido, acomodaticio y doctrinariamente débil de clase media. La posición apuntada es evidente en todos los grandes partidos de masas, tanto de izquierda como de centro: el MNR de Bolivia, Acción Democrática de Venezuela, el Partido Aprista Peruano, los partidos socialistas, el Partido de la Revolución guatemalteco, los radicales, el Partido Revolucionario Institucional

de México, etc. Hoy por hoy, la cuestión comunista es la más contenciosa de las que subdividen a la izquierda y la más honda causa de desorientación *teórica* entre los estudiantes universitarios, y *práctica* entre las masas que ya saben distinguir a la reacción, pero no siempre a los partidos capaces de defender genuinamente los intereses del trabajador.

\* \* \*

Exceptuando a algunos partidos socialcristianos —que en puridad son una élite política— y liberales —a la búsqueda de situarse en el centro—, la derecha no trata de definirse por principios doctrinarios y ya no se atreve a enunciar programas conservadores o típicamente liberales. La única bandera que esgrime con mano segura es el anticomunismo, como queda dicho; bajo ella pueden militar sin contradicciones aparentes, conservadores y liberales, católicos y protestantes, latifundistas e industriales, rentistas y gerentes, propietarios e intermediarios, miembros de la clase media y artesanos, millonarios y campesinos. Habla ade-



más la derecha, como un *leitmotiv*, de la democracia, la justicia, el respeto a la propiedad, y de "armonía en la familia nacional", que es una invocación a la fuerza centrípeta llena de lealtades, de santificadas jerarquías, tolerancias y paternalismos aún activos dentro de la institución familiar iberoamericana.

En sus grandes números, la derecha es un agrupamiento temperamental y contradictorio. El único de sus ingredientes que defiende intereses económicos propios es la clase alta; pero no con su militancia activa dentro de partidos —a los que desprecia como actividad de medio pelo— sino a través de sus servidores —abogados, clase media reaccionaria y artesanos católicos. No se comprende, pues, la verdadera proyección social de los partidos de derecha sin previo análisis de la clase alta.

Está compuesta como en todos los países occidentales; pero mucho más cargada sobre sus tres puntales coadyuvantes: el ejército, aportación de la dirigencia liberal que lo creó; la iglesia católica, aportación de los conservadores con ella tradicionalmente vinculados, y el im-

---

perialismo norteamericano, ápice del sistema capitalista.

Para esta clase, los intereses y la cultura de la nación se confunden con los suyos. No racionaliza si el régimen en que se vive es capitalismo o esa forma híbrida propia de los países periféricos; pero cree sinceramente que así y de ninguna otra manera es el orden legítimo, el estado natural, y por lo tanto no se siente detentadora de privilegios ni responsable de las deformidades socioeconómicas.

Todo aquello que amaga sus posesiones, su cosmovisión, su apartamiento de la sociedad *viva*, no sólo es *malo* sino *extraño*. Cuando sus enemigos invocan alguna transformación como práctica normal en otros países capitalistas, no la ataca en sí; pero se apresura igualmente a tildarla de "exótica" e "inadecuada para el medio". Frente a las pretensiones de las clases explotadas estampa un sello más contundente: el de la barbarie; contrapuesta a la civilización cristiana de la que se cree titular personera.

Quando llega a crear instrumentos de producción que dependen del mercado interno,

profesa un nacionalismo que la izquierda se equivoca al considerar siempre como fascista, militarista o clerical. Este nacionalismo es de naturaleza exclusivamente económica; en lo demás la clase alta depende del extranjero porque no es productora sino consumidora de cultura. En la etapa actual acepta el tutelaje de los Estados Unidos como adalid del sistema protector de sus derechos amenazados, sin importarle el grado en que se enajenen a cambio la economía y la política locales.

La clase alta es reaccionaria porque sólo trata de reconocer la realidad para adaptarse a ella y no para modificarla. Según su concepción de conjunto, la riqueza la producen la inversión y la habilidad gerencial, con la ayuda dudosa de trabajadores que rinden siempre menos de lo que ganan. El sistema capitalista no tiene más fallas que las derivadas del exceso de libertad del que se aprovechan sus enemigos. La libre competencia provee oportunidades iguales para que mediante una especie de justicia distributiva se enriquezcan los capaces y se empobrezcan los otros. Éstos necesitan de caridad y no

de mejores ingresos; que por ignorancia y corrupción gastarían mal, sino de un largo proceso educativo.

El régimen socioeconómico que ha estructurado la clase alta como dirigente de los países iberoamericanos no está deformado por los abusos; éstos forman parte indisoluble de él. El acaparamiento de la tierra y los métodos de explotación del campesino son una resultante de la etapa semifeudal; los monopolios representan la culminación de la libre competencia y el proteccionismo de que gozan los empresarios en los comienzos de toda industrialización; variantes de tal proteccionismo son los bajos salarios y los impuestos indirectos que gravan al contribuyente en razón inversa de sus ingresos. La nueva clase alta, los industriales, se percata con claridad del atraso de esta red de factores, pero no se atreve a romper el frente común con los latifundistas por temor a la acción de la izquierda; además, las divisas proceden en su totalidad o en parte substancial (según el lugar) de los productos agrícolas exportados, y el Estado no puede prescindir de

los impuestos que dicho comercio le rinde sino traspasándolos a los manufactureros. Esta es la razón de fondo para que se hermanen dentro de los mismos agrupamientos políticos los terratenientes más retrógrados con los capitalistas avanzados.

Trabajan para la clase alta: la gran prensa, entre la clase media (prácticamente la única que lee) y la iglesia católica entre los conglomerados populares, en especial el artesano y el campesino. Todas las iglesias cristianas están empeñadas en defender las libertades individuales, que en último término se reducen a la libertad de poseer. El clero católico se encarga también en mínima parte de la educación de sectores populares y con firme empeño, de las juventudes de las capas superiores.

Las fuerzas armadas son el puntal decisivo de la minoría dominante, a despecho de que las favorecen más los gobiernos de clases medias progresistas, por temor a un cuartelazo, y de que su contingente mayoritario sale de la clase popular. Sin mencionar nunca el verdadero motivo de sus actos sino por el contrario, dando

explicaciones de carácter legalista, institucional y democrático, quitan y ponen gobiernos; mas su función primordial es aplastar cualquier intento revolucionario de cambio en las infraestructuras del régimen.

El grueso de los partidos de derecha lo constituyen la clase media y el campesinado. La primera no se da cuenta de que el capitalismo, en sus pasos formativos, la rebaja económica y jerárquicamente, sin que por carecer de la propiedad y de los sindicatos donde se reúnen eficazmente los trabajadores, pueda hacer algo para defenderse. El segundo se adhiere a la derecha promovido por la iglesia católica; pero directamente, porque el conservatismo le garantiza la estabilidad de sus tradiciones en tanto que las izquierdas se las remueven, empujándolo a cambios desconocidos y desquiciando la estructura de sus castas. Por ello el campesinado, especialmente el indio comunero o minifundista, es el contingente más voluminoso de las dictaduras militares y el peor lastre de las revoluciones. Y por eso la derecha, que lo sabe, en cada reforma del agro procura repartir pe-

queñas parcelas y mantener en su estado prístino las comunidades centenarias.

Dentro del régimen institucional, la derecha suele conquistar el poder y mantenerse en él por la división de las izquierdas. Con los partidos minoritarios de ésta —incluso los comunistas —actúa en “uniones electorales” que cumplido su papel, se disuelven. En épocas normales, los partidos derechistas entran en receso y la burguesía se limita a defenderse por medio de sus órganos de prensa. Únicamente en las universidades continúa la sorda lucha, y en forma de presiones sobre el gobierno para lograr leyes favorables.

\* \* \*

Admito que el panorama de la derecha presentado adolece del defecto de todas las simplificaciones. Justamente por la composición de nuestras sociedades y por el momento de su evolución, los partidos que influyen en ellas son a la vez su producto y mientras más a la derecha se encuentran, más participan de sus incongruencias y disparidades. La presencia de la

clase media en todas las organizaciones políticas coadyuva a la confusión porque sus dirigentes, en mayor grado que los de las clases mejor definidas, pueden tomar fácilmente posiciones ante los hechos de la vida diaria e incurrir, por táctica o por naturaleza, en ambigüedades y contradicciones casi anárquicas.

En los países iberoamericanos hay distingos de bulto entre los factores de la transformación socioeconómica y la ideología que adoptan los partidos que la procuran o la impiden. El liberalismo y el racionalismo de las clases altas es una falacia, y deriva en parte substancial de su dependencia al extranjero. El reformismo de derecha y en particular el de sus dictadores, que suele traducirse en aparentes progresos materiales y en fortalecimiento de ciertos sectores populares o de las minorías privilegiadas, puede hacer que se pierda la perspectiva para juzgarlos como legítimos representantes de la derecha; pero no hay que olvidar que las burguesías nacionales están incapacitadas para desempeñar papel revolucionario porque jamás aceptarán voluntariamente la modificación de las relacio-



nes de la propiedad. Bajo la presión de las fuerzas socioeconómicas en juego, se está efectuando el amasiato entre el nacionalismo derechista con apariencias proletarias y el comunismo recalcitrante con apariencias nacionalistas.

Sin embargo, estimo que el empleo de los términos izquierda y derecha, que parte del lenguaje cotidiano y en el terreno anecdótico, de alguna práctica parlamentaria anglosajona o francesa, pertenece hoy al dominio científico y está cargado de significaciones. La derecha defiende las estructuras socioeconómicas y culturales existentes; cree que las diferencias entre los hombres son innatas, naturales, así como el proceso que las ha hecho nacer: las fuerzas económicas son entelequias superiores a los hombres y su juego produce resultados satisfactorios. La izquierda considera que las actuales estructuras son nocivas al hombre y por eso pretende transformarlas; cree que cada individuo tiene posibilidades de perfeccionamiento y que mediante la acción del Estado deben asegurarse las condiciones para lograrlo; las causas de-

terminantes de la enajenación del individuo son económicas, pero están sujetas a cambios si interviene la voluntad racional. Para la derecha, la política es una actividad circunstancial, un medio de llegar al poder y de mantenerse en él, como rezaba la vieja máxima maquiavélica; para la izquierda, la política es un encuadre legal y planificador para el acomodo de las instituciones que transforman la sociedad en beneficio de sus componentes. La una, pues, es una actitud estática; la otra, dinámica.

Si para algo sirven las fórmulas y las definiciones en el campo de la ciencia, ésta es una, cuya finalidad es facilitar el discernimiento de las fuerzas políticas que están en choque en Iberoamérica.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alba, V., *El militarismo*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1950. pp. 292.
- Arévalo, J. J., Obras y discursos.
- Ayala Mercado, E., *¿Qué es la revolución boliviana?*, E. Burillo y Cía., La Paz, Bolivia, 1956.
- Betancourt, R., Obras y discursos.
- Céspedes, A., *El dictador suicida.—Cuarenta años de historia de Bolivia*. Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1945.
- Condliffe, J. B., *La política económica exterior de los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.
- Duverger, M., *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- Engels, F., Obras.
- Fronidzi, A., Obras y discursos.
- Gonnard, R., *Historia de las doctrinas de la población*, Editorial América, México, 1945.
- Haya de la Torre, V. R., Obras y artículos.
- Mariátegui, J. C., *7 ensayos sobre la realidad peruana*, Editorial Amauta, Lima, Perú, 1930.

- Martínez Estrada, E., Obras; conferencias en la Universidad Nacional Autónoma de México, 1959-60.
- Marx, K., Obras.
- Materiales para el estudio de la clase media de la América Latina*, Unión Panamericana, Washington, D. C., EE. UU., 1950.
- Mendieta y Núñez, L., Obras.
- Monteforte Toledo, M., Obras, investigaciones en proceso.
- Montenegro, C., *Nacionalismo y coloniaje*, ediciones de la Alcaldía Municipal de La Paz, Bolivia, 1953.
- Muffelman, L., *Orientación de la clase media*, Editorial Labor, Buenos Aires, Argentina, 1926.
- Orfila Reynal, A., *Crisis de los partidos políticos argentinos*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.
- Paz Estenssoro, V., Obras y discursos.
- Programas, manifiestos y publicaciones de diversos partidos políticos de Iberoamérica.
- Revistas: "Contornos", Buenos Aires, Argentina; "Cuadernos Americanos", México; "Futuro Socialista", Buenos Aires, Argentina; "Questions du Socialisme", Belgrado, Yugoslavia; "Sagitario", Buenos Aires, Argentina; "Política", Caracas, Venezuela.
- Romero, J. L., *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, Argentina. 1ª Ed., 1946. pp. 238.

Sáenz, V., Obras.

Schumpeter, J. A., *Capitalism, socialism and Democracy*. Harper, New York, 2ª Ed., 1947. pp. 411.

Vásquez Díaz, M., *Balance del aprismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

Wright Mills, C., *La élite del poder*, Fondo de Cultura Económica, 1957. Conferencias en la Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

PSICOLOGÍA

LIBRERÍA .....

LIBRERO ..... TITULO .....



## ÍNDICE

|                    |   |
|--------------------|---|
| INTRODUCCIÓN ..... | 9 |
|--------------------|---|

### ANTECEDENTES Y ENMARCAMIENTO HISTÓRICO

|   |    |
|---|----|
| I. Antecedentes .....                           | 15 |
| II. Catalización de la Derecha (1950-55) .....  | 35 |
| III. Las Necesidades Económicas y la Política.. | 43 |

### LOS PARTIDOS REPRESENTATIVOS

|   |     |
|---|-----|
| I. El Radicalismo Argentino .....                               | 51  |
| II. El APRA .....   | 67  |
| III. Acción Democrática, de Venezuela .....                     | 75  |
| IV. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, de Bolivia ..... | 87  |
| V. Los Partidos Comunistas .....                                | 103 |

### INTEGRACIONES ACTUALES. PANORAMA

|   |     |
|---|-----|
| Los Partidos en Proceso. Panorama ..... | 117 |
| BIBLIOGRAFÍA .....                      | 141 |

Este libro se terminó de imprimir el  
día 25 de abril de 1961 en los talleres  
de Gráfica Panamericana, S. de R. L.,  
Parroquia 911, México 12, D. F. Se  
imprimieron 1 000 ejemplares.





## FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.

*19/01/96*  
**DEVUELTO**

**22 AGS 2000.**



JL969  
.A45  
M65



UNAM

8011

INST. INV. SOCIALES

MATERIA .....

LIBRERO .....

TABLA .....

JL  
969  
.A45M65

MONTEFORTE TOLEDO 008011  
PARTIDOS POLITICOS EN...

2

DS-8011-C-1

MONT  
PORTE

PARTIC  
POL  
TICOS

JL  
969  
.A451